

004 (26)
76

FINISTERRE

Revista de Galicia

1946

24

Año 1946

Completos
DEPOSITO LEGAL



Yac mod
6

-Teodoro Ríos- 1946

39

LA TOJA, S. A.

Jabones y productos de tocador a base de sales y lodos

Jabones de tocador
Jabón y crema para afeitarse
Pastas dentífricas
Cremas de belleza
Brillantinas-Colonias-Elixires-Shampoo
Aguas, sales y lodos

Distribuidores generales:

BERMUDEZ DE CASTRO Y SANCHEZ, S. L.

MADRID - LA CORUÑA - BARCELONA

Jacobo Torres Martínez

Refinerías de aceites de pescado-Barnices y aceites para pinturas - Aceite de Pinturas Linazol

Oficinas: Felipe Sánchez, 198-1.º
Almacenes: Marqués de Valladares
V I G O

Fábrica de Refrescos

MANUEL DOMINGUEZ NUÑEZ

Teléfono 159

EL PUENTE. - Orense

TORICES

Alta Sastrería

Cantón Pequeño, 15-17. Teléf. 3394 - LA CORUÑA

Edificio Banco Español de Crédito

ELECTROMOVIL

Accesorios eléctricos para automóvil.

⊙⊙

Juan Flores, 61. Teléf. 1703.
LA CORUÑA

"CASA BLANCA"

HOTEL + CAFE + BAR - RESTAURANTE
Uno de los más antiguos y acreditados de Galicia

⊙⊙

Teléfono 143
VILLAGARCIA DE AROSA

CAFE BRASIL

Selectas variedades diarias.

⊙⊙

Castelar, 6. Teléfono 2753.
V I G O

"CELTA"

LIBRERIA -:- PAPELERIA
TALLERES TIPOGRAFICOS

Severino González Pazán
Teléfono 16. Apartado 11.
Ramón y Cajal, 4.
VILLAGARCIA DE AROSA



Caja de Ahorro y Monte de Piedad DE LA CORUÑA

RUA NUEVA - SAN ANDRES

Fundada en 1876

SUCURSALES:

PUENTES	ARZUA
ORTIGUEIRA	BETANZOS
MELLID	CARBALLO
LUSO	CEE

OPERACIONES QUE REALIZA:

Imposiciones ordinarias y a plazo, cuentas corrientes a la vista, depósitos de valores y de alhajas, compra de valores por cuenta de imponentes, préstamos hipotecarios, personales, con garantía de valores, sobre alhajas, ropas y efectos, y todas las demás operaciones que autoriza el Estatuto Oficial del Ahorro.

Con una mano sobre la espada que duerme

Por Camilo José CELA

Guardo en el invernadero del alma—entre viejos rencores que me endulzan la vida, entre lampreas del Ulla, nardos de Santa María, campanas de Bastabales—la venenosa, amorosa, pálida flor de la morriña. Don Pedro, el Mariscal, Conde de la Frouseira y de Castro d'Ouro, señor de once lugares, perdió el cuello rezando la Salve en latín: tal como el Obispo de Iria-Flavia la escribiera. Se estremecieron nuestros padres los ríos al saber del sino desgraciado del país... ¿Y entonces? Nada, después. Quedamos a caballo de la costa—Irlanda, Galicia, Normandía, como una siembra de gitanos blancos—para que lo que hoy quiebra, el Occidente, se pavoneara pensando tirarnos por la proa de Finisterre. Nosotros, que tenemos nuestro secreto, les dejamos hacer.

Pasó el tiempo feliz de las tres leguas por un beso—¡ay, hogueras de San Juan por las leiras de Meda: el amor cheirando a caña en el macho, aromando a agua de flores en el cuerpo de la paloma que se deja robar!—, el amoroso tiempo del palo al forastero, y la moza, acurrucada como una cadelá que piensa, esperándonos, horas y horas, con la blusa de lino sobresaltada, la roja saya ligeramente sujeta con un prendedor de plata de Compostela. Temblaba todo el palleiro, cálido como el aliento del pucho mamón, desde la atardecida hasta nuestra llegada, como un ladrón recaudador: sigilosa, temerosa y rendida.

El viejo don Antonio Noriega lo cantó desde el monte, rodeado de hijos por todas partes como un Capitán de la Caballería Noble de Mondoñedo:

—Nin rosiñas brancas, nin claveles roxos.
¡Eu venero as froliñas d'os toxos!

Eran los días en que los últimos celtas adorábamos al sol y al mar, al robledal umbrío y al hayedo que acaba en la fuente, nos santiguábamos ante el olivo, rezábamos jaculatorias a las meigas propicias y nos arrodillábamos ante media docena de santos cristianos: San Telmo, San Olaf, que pirateaba por las costas de La Guardia, San Balandrán, el señor Santiago picando espuelas como un feriante con veinte años a cuestras, veinte pesos en la bolsa, un reloj de acero y una leontina con onza de oro.

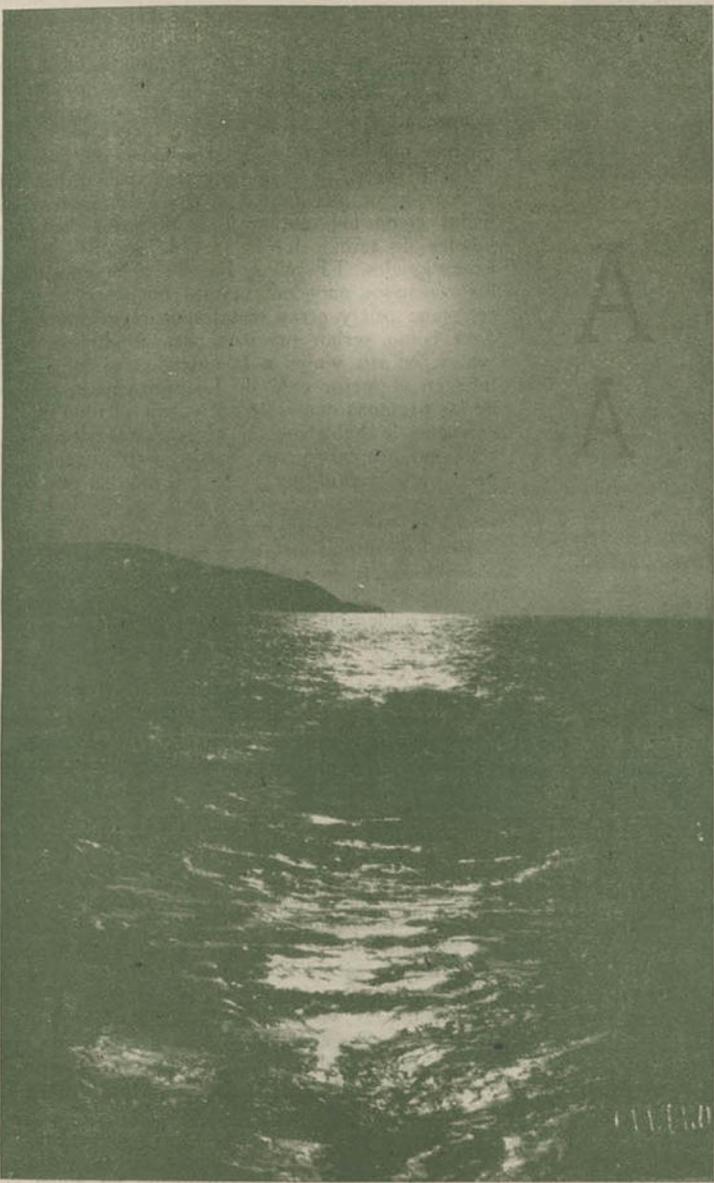
Guardo, ya sabéis, esa morriña que crece como el culantrillo de mil hojas verdes que se agazapa, terco y sentimental, bajo la milenaria piedra donde se ató la barca. Mimo el tiempo que pasa—el hombre con una mano sobre la espada que duerme—lento y reverencioso como un anciano deán confesor de solteras. Nuestro tiempo, lastrado de tierra fértil como un patache con un huerto de patatas en el vientre, se señala del otro tiempo, del tiempo de los hombres que luchan contra su misma tierra, en el ardoroso sentir:

Deixa os armiños d'Helvecia
y-os diamantes de Golconda...
¿Tes un dengue colorado?
non podes ter millor cousa
par'andar coloreando
pol-o carreiro d'a chouza.

No quiero el ruido inútil, el inútil fragor. Pienso en los años mozos galopando detrás d'a filla de Rosiña—Rosiña también, con sus trece mayos—por la corredeira de Pedreda, la senda del Roucón. Corría como una corza, la endemoniada, y se bañaba en camisa en la presa del molinero cojo—el señor Roquiño, que dejaba correr la muela loca por mirar: una nube en un ojo y mil bendiciones, cincuenta años y cien deseos en el otro.

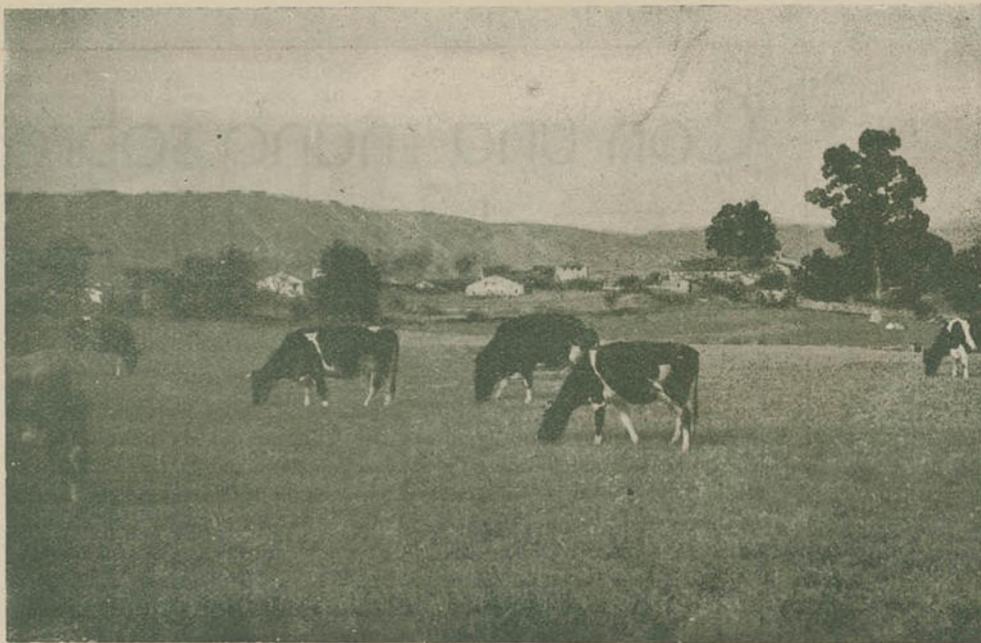
Y ya pasó. Yo fui el adolescente pálido a quien agasajaron las amigas de las tías, reverenciaron los criados del abuelo y buscaron, como un fiel encubridor, los rapaces robadores de peras y grosellas por el jardín de Iria.

Hoy, que pienso en lo mucho que perdí vistiendo a la moda de la ciudad...



Como una siembra de gitanos blancos—dice Camilo José en este número—quedamos a caballo de la costa los gallegos. Los celtas de la Galia, Galicia y Gales, fuimos mascarones de esas proas pánicas que se llaman finisterres.

Nuestra proa, la que nos da el nombre, aparece hoy en esta página inicial, cortando aquel tenebroso océano que dejó de serlo para poder convertirse en el "mare nostrum" de esta Edad, "noso mar" gallego y español, celta y europeo, y, por ello, americano. En torno a él vive, crea y canta la flor de la Humanidad. Es la comunidad atlántica, de la cual quiere sentirse digno este FINISTERRE, renovado y refinado, que hoy ofrecemos a todos los gallegos del mundo.



L A V A C A A D U L T E R A

POR

W. FERNANDEZ FLOREZ

(De la Real Academia Española)

Más de una vez en mis viajes por Holanda, después de ver cómo avanzaban los dos brazos del dique que había de cerrar el Zuiderzée, condenado a desecación, o cómo crecían las ingentes paredes de una nueva esclusa, o cómo rodaban los quesos desde las orillas del canal de Alkamar, para amontonarse en las barcas panzudas y chatas, mi espíritu sentía la apetencia de otros temas. Los molinos negruzcos, los bosques que contienen las dunas en la proximidad de Scheveningen, los pintorescos trajes de los campesinos, las viejas ciudades románticas, como Veere o la apacible Arnhem, que da al Rhin la musical afluencia del lento río de notas de su carrillón, despertaban en mí vagas inquietudes líricas. Si se adormecía una conversación sobre el cooperativismo o la producción de la patata en Groninga, preguntaba con interés:

—¿No hay leyendas en este país? Me gustaría conocer alguna.

Únicamente conseguía que mis interlocutores se mirasen con extrañeza, como si consultasen entre sí:

—¿Sabe usted, acaso, si existe en Holanda algo de lo que solicita este hombre?

—No—decían después—, no hay leyendas.

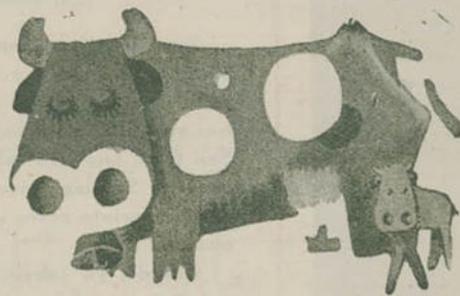
Pasaba un ligero momento de embarazo, como cuando un huésped pide indiscretamente a su anfitrión algo que no hay en la despensa. ¡Si se me hubiese antojado una larga pipa de barro blanco, de Gouda, o una cucharita de plata con el escudo de Utrecht, o un bote de ese chocolate granulado que es gustoso dejar caer como leve y negro granizo sobre el pan con manteca!... Pero aquellos hombres fuertes, que hacen surgir las tierras de entre el mar gris y los turbios ríos caudalosos, se olvidaban pronto de mi frivolidad. ¿Leyendas? No, no había leyendas.

Y yo pensé:

—Tengo que regalar una leyenda a la amable Holanda. Le sentaría tan bien como la rizada futilidad de la cofia sobre la frente de sus campesinas.

Y he la aquí:

Pues, señor, aquel año el invierno había caminado a grandes zancadas. Como quien pasa un vado, en ruta hacia el Sur, puso un pie en la isla de Schiermonnikoog, otro en Zoutkamp, y toda Neerland se estremeció de frío. Jorge, el guarda del puente levadizo, que cobraba el pasaje a las barcas, va no tuvo que salir con su larga caña,



con la que pescaba—un zapato en el extremo del cordel en vez de anzuelo—, las moneditas que, sin parar su marcha, entregaba silenciosamente el patrón, o la rolliza mujer que le acompañaba, o el niño que iba y venía en la estrecha franja libre entre la borda y la montaña de patatas o de negra turba que abrumaba la embarcación. El canal estaba helado y endurecida toda la tierra de la planicie. Los breves días se alumbraban con una luz difícil, submarina, con la que el aire semejaba espesarse, y el cielo era de agua, tal como una bolsa de agua, y tan bajo que podía pensarse que, si la aguiada de la alta torre de ladrillos que se veía a lo lejos llegaba a rozar la oscura película que semejaba contener, como la piel de un odre, todo aquel líquido, por la desgarradura, se precipitaría una inundación.

Estaba desierto el campo cuadrulado en toda su extensión por canalitos blancos de hielo; en reposo, aterido. En el verano, la Frisia era una gran mancha verde punteada por las manchitas albas y negras del ganado. Pero en los últimos días de octubre, la aguiada del frío empujó hacia la tibieza de los establos a las vacas de ubres monstruosas y a los toros de cuernos replegados sobre el testuz. A las puertas de todas las granjas frisonas resonó el vagido con que los animales se despedían de los meses de vida al aire libre, y los establos volvieron a poblarse de ruido, de calor animal y de dulce olor vacuno.

El más fuerte y ancho obstáculo que encontraban los vientos del Norte al recorrer la llanura era la casa de Nijgh. Un grupo de árboles, inclinado por la tenaz presión de los huracanes, la protegía.

Y ella protegía, a su vez, a la oscura construcción de espesos e inclinados techos de paja, donde se hacinaba el heno y los animales rumiaban su comida, mientras el largo invierno rumiaba sus minutos.

En toda la Frisia, el nombre de Nijgh está aureolado de respeto. Si alguien ha conseguido acercar una vaca a la perfección, no es otro que el propio señor Nijgh. Puede creerse que si el señor Nijgh se hubiera propuesto que sus vacas bailasen, llegaría, al través de cruces, rebuscados e inteligentes métodos de alimentación, a conseguir que los empresarios del "Maravillas" buscasen en sus establos, mejor que en las porterías de Madrid, las "girls" de sus "conjuntos". Pero el señor Nijgh tenía puestas sus ansias en la más copiosa producción de leche, y sus vacas eran ubres enormes que, dos veces al día, dejaban escapar blancos ríos mantecosos, en los que parecían ir a desinflarse, a desleírse, mientras la ordeñadora eléctrica trepidaba sordamente en el cobertizo.

Ningún oficial tercero del Estado español vive tan gratamente como el ganado del señor Nijgh, en casa de suelos tan limpios, con tan coquetones visillos en las ventanas; y muy pocas de las señoritas que asisten a las funciones de gala del "María Isabel" podrían jactarse con justicia de dedicar a su piel tantos y tan escrupulosos cuidados como los que abrillantan, hasta darle calidades de terciopelo, la piel de aquellas bestias excepcionales. El señor Nijgh había ganado en los concursos ganaderos tantas medallas de bronce, plata, oro y otros metales de clasificación dudosa como serían precisos para fundir su estatua, y, en sus viajes a la capital, cuando se sentaba en el mejor café de Leeuwarden, la calidad de las personas que se le acercaban, el tono de voz con que le hablaban, la alegría mal disimulada con que aceptaban sus puros, eran revelaciones de la admiración que había llegado a despertar entre sus conciudadanos. Porque toda Frisa no vive más que para las vacas.

Precisamente, aquel año, el señor Nijgh había obtenido un triunfo del que todavía se hablaba en la comarca. Su toro "Jan XXV" fué adquirido en la considerable cifra de 6.000 florines por unos granjeros del Transvaal. Los boers habían recorrido el país, examinando los mejores ejemplares, y se habían detenido absortos, ante aquella maravilla de los establos de Nijgh. Ningún animal tan perfecto en toda Holanda. Pocos tenían en los libros de la Friesch Rundvee Stamboek, donde se registran escrupulosamente las prosapias vacunas, una ascendencia tan ilustre. Su padre era un "Jan" famoso, de la gloriosa estirpe de los "Jan", célebre en los mercados. Su madre, una "Aaltje". ¡Encantadora vaca! Se llamaba "Erna", en recuerdo de la moza alemana que la había cuidado con tanto cariño como si la hubiese llevado en sus entrañas. "Erna", convertida en pedazos, repartida en cazuelas de tamaños diversos, rodeada de patatas cocidas, había pasado ya a ese otro mundo de las vacas que está en los estómagos de los seres humanos. El señor Nijgh se acordaba de ella con orgullo. Pero el recuerdo que iluminaba su ancho rostro con las luces de la soberbia era el de "Jan XXV", que ahora prolongaba la exquisitez de su raza en las prósperas tierras del Africa Austral. Todas las experiencias del señor Nijgh habían culminado en aquel ser sin tacha, que llevaba grabadas en los cuernos las cifras simbólicas del registro del Stamboek. Había vacilado mucho en cruzar a "Erna" con un "Wodand", pero ahora estaba satisfechísimo de su preferencia por el "Jan". Nijgh era un paladín de los "Jan". A los "Jan", bien vigilados y atendidos, se debería el llegar a que el suelo de Holanda fuese el sostén de los ejemplares bovinos más útiles y bellos del mundo. Cuando los boers habían retrocedido, asustados, ante la cuantía del precio, el señor Nijgh se limitó a decir con energía: —Es un "Jan". El mejor "Jan" de cuantos han existido.

Y puso en manos de los compradores el certificado del Stamboek con la altiva seguridad que un noble puede tener cuando enseña sus pergaminos.

El retrato de "Jan XXV" estaba en todas las paredes de la casa; era el que más abundaba en la galería que todo ganadero de Holanda forma con los ejemplares más notables, dignificando por utilidad la costumbre de otros países, en los que se prefiere adornar los muros con retratos de abuelos y bisabuelos sin suculencia ni provecho, y de abuelas y bisabuelas, cuya leche—con la que apenas se podría hacer la mantquilla suficiente para

un "sandwich"—ni siquiera había servido para alimentar a sus vástagos, confiados a amas de cría.

Fué en una de las primeras noches de diciembre cuando ocurrió el primero de los extraños fenómenos.

Traía el viento agujas de hielo, y los árboles que amparaban a la casa se retorcieron en contorsiones tan violentas como si quisieran desprenderse y huir. Parecía haber olor marino en la noche, porque acaso el vendaval trajese el polvo de agua de las olas que se deshacían contra los diques lejanos. El señor Nijgh había recorrido aquel día más de diez kilómetros en su bicicleta, y el huracán parecía empeñado en arrojarle irreverentemente a los canales que bordeaban el camino. En la tibieza de su despacho escribió varias cartas y, después, de cenar, sentado cerca de la gran estufa de azulejos, leyó los diarios hasta que sus párpados se hicieron de plomo. Entonces subió las escaleras que conducían a su alcoba.

Nadie, como no sea un moro, dispone de escaleras tan empinadas como un holandés. Los peldaños, estrechos y altos, malhumoran cuando hay que ascender por ellos y estremecen cuando hay que bajarlos. Pero el señor Nijgh los escaló sin lanzar ni un suspiro, suficientemente compensado por la ilusión de aquella cama ancha, muelle, hinchada por el enorme edredón de blanca funda que le esperaba al fin de tan fatigoso esfuerzo.

Quince minutos después, sobre la barriga del señor Nijgh, aquel edredón fingía otra barriga monstruosa. El honorable frisón, con el embozo hasta la barbilla, se inmovilizaba, como un animalucho temeroso de atraer la atención de sus enemigos, para que el frío y la humedad de las sábanas no se encarnizasen con él. Esperaba vencerlos, como vencía todas las noches, al poco tiempo de permanecer así, convirtiendo en agrado y tibieza aquella primera impresión escalofriante. Y ya se aventuraba a estirar el compás de sus piernas, cuando oyó un mugido.

Era un mugido que encontraba carril en el viento que aullaba bajo las puertas, y entraba con él, lamentable, distinto y parejo, como si la miseria y la muerte fuesen del brazo entre las sombras. Un mugido largo, temblón, lleno de lágrimas—hay que expresarlo así—, aislado entre todos los tristes ruidos de la noche como un cuajarón de la misma tristeza.

Nijgh escuchó. Había oído mugir a muchas vacas, pero nunca de tal manera. Solivió la cabeza para que el blando almohadón no tapase sus orejas y esperó. El mugido sonó otra vez, largo y doliente.

—A ese pobre Mulder—pensó—debió escapársele alguna vaca.



Mulder, el granjero vecino, merecía todo el desprecio de Nijgh. Su ganado era poco y pésimo. Más de una vez le habían rechazado en la Cooperativa la leche que llevaba a quesificar, porque estaba muy lejos del tanto por ciento de materias grasas exigibles. Y Mulder, en vez de enrojecer, había mascullado unos insultos contra el ingeniero que le hacía el regalo de sus consejos para corregir la vergüenza de tener en sus campos animalillos tan deficientes.

—A ese pobre Mulder debió de escapársele alguno de sus pellejos de agua—volvió a pensar.

Al mismo tiempo, Mulder gruñía:

—¿Es posible que el viejo vanidoso de Nijgh dejase una vaca en el campo?

Y en otra granja, el ganadero Leen daba un rodillazo a su mujer, medio dormida ya, para consultarle:

—¿De quién será esa vaca que muge en la pradera? No creo que la encuentren muy sana, si ha de pasar toda la noche a la intemperie.

Veinticuatro horas después, los mugidos volvieron a oírse. Y a la otra noche. Siempre prolongados y melancólicos, casi empavorecedores. Los criados de las granjas habían hablado de ellos ya, y estaban seguros de que ninguna de las bestias guardadas en sus establos los exhalaba. El mugido, llevado por el viento, rondaba las casas: iba de aquí para allá, se oía en todas al mismo tiempo y tan próximo como si el animal estuviese junto a la misma puerta. Un empleado de Nijgh se levantó y miró con una linterna en los alrededores

del establo, y no vio nada más que jirones de niebla que se acercaban a su luz, temblorosa, como las mariposas a las lámparas. Nijgh se dignó entonces hacer algunos comentarios.

—Pues hay alguna vaca que sale al campo por las noches. No me lo explico, pero es así.

Durante seis noches se repitió aquella queja. La séptima no se oyó. El señor Nijgh comenzaba a sentir en sus ojos las arenas del sueño y a sumirse en su dulce inconsciencia, cuando percibió un ruido junto a su cama. Separó lentamente los párpados. Y, rápidamente desvelado, vio allí, cerca de él, tiosfloreando con una rara luminosidad, los ojos más tristes que nunca, un hilo de baba—como un hilo de luz—colgado del bello, a su vaca "Erna" muerta, descuartizada y engullida hacía dos semanas.

El señor Nijgh abrió la boca de dientes ennegrecidos por el tabaco de Sumatra. ¿Qué quería decir aquella visión? El señor Nijgh pensó que ninguna vaca podía subir las escaleras de su típica casa holandesa; pensó también que no convenía a sus años cenar bistés a la alemana y que al día siguiente habría de tomar dos colmadas cucharadas de sales de magnesia. Lo que no pensó fué en un fantasma, porque en la grave y trabajadora Holanda nunca había oído decir que se presentase ninguno. Así fué mayor su pánico cuando vio que "Erna" caía sobre sus cuatro rodillas y humillaba la testa hasta casi rozar con ella las ropas del techo.

—¡Perdón!—mugió la voz sobrenatural de la vaca—. ¡Perdón!

El señor Nijgh alargó su mano en aquel ademán con el que durante tanto tiempo había acariciado la amada cabeza de "Erna"; pero no encontró más que el aire frío.

—¡Perdón!—siguió la vaca—. ¡Fué por mi culpa... pero la expio bien duramente!

—¡"Erna"!—pudo hablar Nijgh con voz ahogada—. ¿cómo es posible que estés aquí?...

Y "Erna":

—¡Oh, amo: "Jan XXV"!

—¿Qué?—indagó Nijgh, sobresaltado al oír el nombre glorioso.

—Mi hijo...—susurró la vaca—no es un "Jan". Hubo un silencio en la alcoba. El ganadero se incorporó.

—¿Cómo que no es un "Jan", "Erna"?

—No; es una mancha en la estirpe; lleva un nombre que no es el de él. Su padre...

Pausa. El señor Nijgh rugió:

—¿Quién es su padre? ¡Pronto!

—Su padre es el toro cojo de Mulder...

—¡El..., Mulder...! ¡Insensata!

Alargó sus manos crispadas hacia el pescuezo de la vaca.

—Una noche templada... No..., fué al amanecer... Todos dormían en la granja, y era aún la buena época en que se vive en el campo... El toro de Mulder pasó a nuestra pradera... Había quedado abierto el portillo... La ocasión... El ambiente...

El señor Nijgh se mesaba el cabello.

—¡El..., un bastardo..., hijo de ese animalucho que no está inscrito en el Stamboek... ¡Seis mil florines...! ¡He engañado a esos hombres...! ¡Y lo he cruzado antes de venderlo con doce vacas! ¡Es el deshonor, el deshonor! ¡Miserable!

"Erna" quebró su hilo de baba contra la alfombra.

—¡Amo, perdón; no encontraré la calma hasta que lo hayáis concedido!

Y soltó el sollozo de un mugido. Nijgh insistió sobriamente:

—¡Has deshonrado mi casa!

Miraba fijamente las tinieblas; le temblaba el mentón; sus cabellos grises aparecían revueltos y medos. El fantasma de la vaca aguardaba una frase de disculpa o piedad...

Bruscamente, el señor Nijgh arrojó la montaña del edredón al aire y prorrumpió en esa estremecedora carcajada que lanzan todos los personajes de leyenda que se vuelven locos.



Telegramas: HIERROS

Apartado núm. 67

Fernández, Torres y Compañía

FERRETERIA, HIERROS Y ACCESORIOS INDUSTRIALES

CASA CENTRAL: Linares Rivas, 12. Teléfonos 2226 y 2249

SUCURSAL: Cantón Pequeño, núms. 6-7-8. Teléfono 2149

LA CORUÑA

La Caramelera Viguesa

"CAVI"

FABRICA DE

C. JUNQUERA

Lóriga, 4. Teléfono 1293

VIGO

BOMBONES, CHOCOLATINES, COBERTURA, CA-
CAO EN PASTA, CAMELOS, GRAGEAS, PELA-
DILLAS, AZUCAR GLOSS, TURRONES, CONSER-
VAS DE FRUTA, MERMEADAS, TOFFES CAVI

Era la suya una historia larga, de hombre andariego, pródigo y galante. En sus últimos años había ido deshaciéndose, poco a poco, de los mil objetos que adquiriera en sus correrías por el mundo. Le quedaba sólo ya, como recuerdo de su grandeza pasada, la vieja casa cuyo blasón frontal paseaban los lagartos en la adolescencia soleada de los días de invierno.

Aquel don Samuel, el anticuario, de escueto perfil de ave de rapiña, sabía bien el débil esfuerzo económico que había sido preciso para irse apoderando lentamente de la vajilla, del mobiliario, de la biblioteca del caserón.

El sobrio verano de Galicia, la jugosa primavera de Galicia, el frondoso otoño de Galicia, hallaban a don Ricardo, todas las tardes, sentado en el mismo lugar junto al río, sobre la misma piedra sombreada por los abedules. Fumaba allí su pipa rematada en una calavera experta en mares como el mascarón de un viejo navío. Leía a Séneca en latín y sólo interrumpía la lectura cuando alguien se acercaba a saludarle. Era parco en la charla, ceremonioso en el gesto, duro en la mirada como un ave de altanería.

Algunos asociaban a su traje negro y a un mozuelo que trajera con él en el último viaje una extraña y sangrienta aventura amorosa. Se decían tantas cosas... Pero resultaba tan difícil penetrar en el fondo oscuro de su vida como en el caserón hidalgo y destartado.

Los vecinos más próximos, curiosos y malévolos, se pasaban las horas fisgando a través de puertas y ventanas lo que ocurría en el interior de la morada de don Ricardo. El muchacho iba y venía con cubos de agua, y después, con una expresión paciente, mansa y triste de buey gallego, fregaba y refregaba en una palangana las camisas de don Ricardo. A éste se le veía pasar y repasar ante la galería como una sombra dramática, encorvado y casi inmaterial, la cabeza inclinada sobre el pecho, tal que un ermitaño engolfado en la meditación y el rezo.

En el casino—un casino con piano y el "Espasa" adquiridos a plazos— las "fuerzas vivas" comentaban risueñamente siempre, con crueldad a veces, la inopia en que vivía don Ricardo. Aquellos hombres que tomaban café con leche y jugaban su partida de tute "perrero" después de comer, que tenían hijas imbéciles que deseaban casarse con un hombre de carrera, no podían perdonarle a don Ricardo su anterior vida azarosa e intensa, que hacía pensar, como un vino fuerte cuando se sube a la cabeza, en otras tierras, otras mujeres y otros días. Al tiempo que un pollo que iba para licenciado en no sé qué atacaba al piano el "Vals de las olas", aquellos varones adiposos y llenos de virtudes domésticas—cenaban puntualmente a las nueve, se acostaban a las once y hablaban de usted a las criadas—hacían chistes acerca del planchado de las camisas de don Ricardo, de las deudas de don Ricardo, del hambre de don Ricardo. Don Samuel, el anticuario y prestamista, se desabrochaba los botones inferiores del chaleco para poder reír con más desembarazo las ocurrencias de sus contertulios. Francamente, tenía gracia que don Ricardo llevase las camisas sin planchar, que adeudase dinero a todo el mundo, que él y su hijo pasasen a veces—acaso muchas veces—sin comer... Y

PAGINA 6

SANGRE Y PUNTO FINAL

(CUENTO)

Por CARLOS RIVERO

don Samuel se regocijaba pensando que quizás a causa de estas cosas la vajilla, el mobiliario y la biblioteca de don Ricardo habían pasado a ser suyos.

Todas las mañanas, poco después del amanecer, don Ricardo aparecía en el balcón corrido de su casa y con un jarrón de porcelana, al que le faltaba el asa, regaba una maceta de geranios que se balanceaban sobre el cajón lleno de tierra negra que los nutría. Hecha esta labor, apoyaba los codos en el balcón y así permanecía durante largo rato, mirando al cielo por donde navegaban unas nubes remotas. Después volvía al interior de la casa, despertaba al chico y juntos hacían la limpieza.

Cuando tenían algo, preparaban la comida y luego se sentaban uno frente al otro, comían en silencio y entre bocado y bocado se miraban a los ojos, en los que había el cristal de unas lágrimas antiguas que nunca se desprendían...

Por la tarde, todas las tardes, don Ricardo salía a sentarse junto al río, a fumar su pipa, a leer a Séneca en latín, siempre sobre la misma piedra que sombreaban los abedules. Al filo de la noche volvía hacia su casa por el barrio más sombrío y más triste, y gustaba de acariciar suavemente la cabeza

de los niños que, correteando, tropezaban con él.

Una mañana, don Ricardo, estando en cama, llamó a su chico.

—Hoy—le dijo—no me encuentro muy bien; quizá no me levante en todo el día. Vete al balcón y riega tú los geranios. Será la primera vez que lo hagas.

El muchacho hizo lo que le había sido mandado. Y también al día siguiente, y otro, y otro...

—Procura no olvidarte de los geranios—recomendaba—. Es ya lo único espléndido que nos queda.

Cada día don Ricardo se hallaba con menos fuerzas para abandonar la cama. Ciertamente, no sabía a qué atribuir aquella debilidad. Era verdad que se alimentaba muy parvamente, pero a su edad le parecía suficiente para ir tirando.

El muchacho no le abandonaba un momento. Le cuidaba con una ternura silenciosa que conmovía al hidalgo. Se sentaba cerca de la cama y le miraba con los ojos mansos y húmedos de buey gallego. A ratos, cuando se cansaba de estar sentado, asomábase a la galería a ver las nubes que navegaban por el cielo.

Una madrugada, quizá un poco después



de las cuatro, don Ricardo llamó insistentemente al chico.

—¡Oscar! ¡Oscar!

El muchacho apareció casi desnudo, resregándose los ojos con el dorso de las manos. Don Ricardo se incorporó levemente, avanzó la cabeza por el borde de la cama y con una mano señaló al suelo.

—Mira, eso acabo de echar ahora por la boca.

Sangre. Aquello impresionó tan fuertemente a Oscar, que llorando se agarró al cuello de don Ricardo. Este trató de calmarlo, al tiempo que le acariciaba la cabeza.

—No llores. Esto debe ser alguna cosa de la garganta, sin importancia. No creas que voy a morirme tan pronto.

Y mientras hablaba le daba golpecitos cariñosos en las mejillas al chico, que seguía llorando abrazado a él.

Sólo cuando las hemorragias se repitieron, don Ricardo consintió que le viese el médico. Recetó algo y ya no volvió.

Mucha gente se sorprendía de que don Ricardo no saliese a la calle, y en el casino seguían haciéndose chistes a costa de su miseria. Las "fuerzas vivas" sacaban tajada de las desventuras, como los cuervos de los cadáveres.

Desde la madrugada en que vió la sangre en el suelo por primera vez, Oscar no quiso estar en ningún momento separado del enfermo. Llevó para la habitación de éste un par de mantas viejas—no había otras en la casa—y envuelto en ellas dormía en un rincón.

Don Ricardo, a pesar de su dolencia, estaba animado.

—Tú verás—le decía a Oscar—; ahora vendrá el buen tiempo y me pondré mejor. Y en cuanto me sienta con algunas fuerzas venderé lo poco que nos queda aquí y nos marcharemos para tu tierra, que también es, en cierto modo, la mía. Allí viviremos me-

jo, como hemos vivido hasta que vinimos aquí. Además, un viaje por mar me endurecerá un poco.

Oscar le escuchaba sonriendo levemente, con la barbilla apoyada en la palma de la mano y el codo en la rodilla. Y pensaba que acaso todo aquello que prometía don Ricardo llegase a ocurrir, porque para él era inadmisible la idea de una muerte próxima. Además él, Oscar, se quedaría tan solo a la muerte de don Ricardo que no podía pensar que su destino le tuviese reservado tal trance. Estaba seguro de que un día don Ricardo dejaría de toser y de echar sangre por la boca, abandonaría la cama e iría de nuevo a la orilla del río a fumar su pipa y a leer a Séneca en latín. Y tal vez llegase también la hora de emprender el viaje prometido...

* * *

Aquella noche don Ricardo le rogó que le despertase a las dos de la madrugada, a fin de tomar las gotas de digitalina. Oscar se envolvió en las mantas y durmió en su rincón. Estaba rendido a causa de tantos días de descanso insuficiente y de pan tasado. Durmió por primera vez plácidamente, sin sobresaltos. Dos, cuatro, seis horas quizá. Despertó avanzada la madrugada, cuando los dedos del amanecer empezaban a tamborilear en el parche azul del cielo.

—¡Papá, papá, papá!—llamó angustiosamente.

Don Ricardo no respondió. Tenía los párpados entornados, la boca entreabierta y la cara tan amarillenta que parecía que hubiese sido tallada en madera de boj.

El muchacho venció su miedo a la Muerte y se abrazó al cadáver.

Después, sentado en la esquina de un viejo baúl, esperó, llorando, a que los vecinos abriesen sus casas...

(Ilustró T. RIOS.)

ROMANCE DE REMEIÑOS NA DAL

Para la Excm. Sra. D.^a María de la Natividad Quindós y Villarroel, Duquesa de la Conquista, Marquesa de San Saturnino.

Remediños, Remediños...

Ay! Remediños Nadal...

¿Que tés, dí, neses oliños?
¿Que tés nese teu mirar?
¿Que tés nos teus ollos tristes,
que tanto me fan pensar?
... Pensar nas noites aquelas,
branquiñas po-l-o luar...
... Nas follinas dos salgueiros
co Landro leva pro mar...
... Caralinda de romance...!
... Noite fría de Nadal...!
... Estrelina...! Miragreira
rosiña sin desfollar...!
Caraveliño de sangue
que mal o soupén gardar...!

Remediños. Ay! Remedios

Remediños de Nadal.

Remediños, Remediños,

canto, canto, pra min vals...!

Miles e miles d'estrelas...

Unha soia pra min hay...

E chámase Remediños

Remedios a de Nadal.

Camiño xunto o río

Ela e mais él xuntos van...

O río vai, anda, anda,

pouquiño a pouco pro mar...

"A lúa vai encuberta

con panos de tafetán..."

Pasa a lúa, pasa o río...

¿Queren ouvir un cantar

que fala de Remediños,

Remedios a de Nadal? :

"Para, río. Para, lúa:

Cal Remediños ningunha.

(Eu vos direi: Non-a hay...!)

... E cantas onciñas d'ouro

Remediños pra min val...!"

POR

ANTONIO VÁZQUEZ REY

Un producto de calidad

«Jabón Heno de Galicia»

Productos ARI

VIGO

Compañía Viguesa de Pinturas, S. A.

::: Fábrica de Pinturas, Barnices, Esmaltes, Patentes, Secantes, Masillas, etc. :::

CUEVAS DE

ALTAMIRA

Fábrica:

P. Saavedra, núm. 9

VIGO - TEIS

Oficinas: Colón, núm. 12

Apartado 23 - Teléf. 1991

VIGO

.....

PAGINA 7

SANTIAGO

EN VARIA TRASLACION

Por DON GALLEGO

La tierra de Iria, tierra fronteriza de provincias, como es el punto máximo de tensión en el Noroeste, forzosamente había de ser la más apretada de leyendas, la más colmada de historia, la más repleta de tradición en todo el país gallego; sin desdoro puede parangonarse el peso específico del pasado de la Ulloa con el de cualquier otra tierra de España, de Europa o del Orbe.

No obstante, la pobre erudición, puntillosa y crédulamente escéptica, segó en flor todo este campo, propicio a ser cultivado por la más desbordante fantasía, sin limitaciones obtusas. El culto a la verdad no debe impedir que la ficción—aprovechando materias, energías al fin, antañonas y entrañables—alce en la Ulloa una de sus maravillosas moradas. Santos y héroes, poetas y caciques, abundaron en el valle: los protagonistas, pues, nos esperan; las aldeas que besa el Ulla—Carcacia, Lestido, Dodro—están prontas a retornar a su primitivo ser de ondinas, indispensables en cualquier mitología. Panteón, diríamos, si no sonara tan fúnebre.

¿Dó vá la ardiente inventiva de los canónigos compostelanos, tan vituperada por sus colegas de Toledo? ¿Es que se cerró el ciclo jacobeo? ¿Es que el hijo del Trueno—hoy que truenan los átomos—es menos actual que en el Medioevo? De todo el Apostolado, de todo el Santoral, no hay santo como Yago el Mayor más afín a nuestros tiempos. Es el santo dinámico por excelencia; está siempre en perpetuo movimiento, nunca lo veréis estático; es uno de los cuatro santos caballeros y es un caballero andante. Al siglo de la velocidad, ¿quién mejor que él para patronearlo? Por ser el santo menos quietista, no pudo tenerle mucha devoción Miguel de Molinos...

¿Y quién le dió al Apóstol Santiago su superior dinamismo? Allá, en Palestina, fué pescador, en verdad, pero no marino; anduvo a pie llano, pero no cabalgó. En la pesca y en el apostolado se movió de firme, mas sin destacar del resto de los apóstoles. Sin

embargo, predicando la buena nueva llegó a la Tierra de Iria, y, desde ese momento, su vocación de trotamundos santo se consolidó, se fijó.

Pisó el montecillo, que en diminutivo lleva hoy su nombre; contempló desde allí al Ulla, que se desliza hacia el mar, y subido a unas rocas, habló de Jesús a un nutrido grupo de celtas. Disfrutó del yantar de éstos—con la humana sencillez que había aprendido del Divino Maestro—, y probó por vez primera varios manjares exquisitos. Le sirvieron vieiras, y un discípulo, que había sido fariseo, le arrebató furiosamente el plato, diciéndole...

—¡Por Yave, Señor Yago, es la concha de Venus!

Y él respondió, recogiendo el marisco:

—Pero desde hoy será la mía, y por ella seré venerable y venerado por los siglos de los siglos.

Después comieron empanada de lamprea y lacón con grelos. Tomaron una rosca de postre y, antes de despedirse, hizo que le acercasen las conchas vacías de las vieiras y dió una a cada comensal.

—Ponedlas en vuestras monteras, y cuando vayáis en peregrinación a mi sepulcro llevadlas puestas; así sabrán que sois mis peregrinos—escogió una concha muy pequeña y la colocó en su tocado—. También vuestro apóstol se transforma en peregrino: ¡peregrino de mí mismo!

Un comensal comodón pidió aclaraciones:

—Apóstol, de desear sería que tu sepulcro no quedase muy lejano. Así seríamos los peregrinos jacobitas tantos como romeros y cruzados.

—Cuando hay fe siempre se llega, pero tú no tendrás que molestarte. Yo desearía morir aquí, porque hubiera querido nacer en esta tierra. Mas... sólo Dios sabe dónde será mi martirio. Sin embargo—dijo señalando hacia un grupo de olivos que había en las afueras de Iria Flavia—, quiero que me entierren allí; así mi sepulcro tendrá sombra de mi Palestina y tierra de mi Galicia.

De todos es sabido cómo los discípulos cumplieron el deseo del santo andariego, y cómo construyeron, para trasladar el cuerpo del antiguo pescador, una dorna hecha de finísimas láminas de piedra, que fué la primera nave fabricada con materiales más pesados que el agua lanzada al mar. Cuando llegó la extraña barca, por el Ulla y el Sar, al pedrón donde se amarraban las lanchas que llevaban grelos y berberechos al mercado de Iria, los labradores enterraron el cuerpo santo en el Olivar de Adina, y los marineros, deslumbrados, adoraron la venerada embarcación. Después, los carpinteros de ribera tomaron a la dorna apostólica como modelo para sus barcos, y como las canteras gallegas no dieron un granito apropiado, hubieron de limitarse a imitar la forma y a construir las de madera.

Navegó después de morir, y aun su cuerpo mortal ha de conocer otros vehículos.

Nadie odia más a los cristianos que Doña Lupa, princesa de los celtas *d'a Mahía*, Mesalina gallega, Catalina celta, que sostiene su dominio prendiendo en sus graciosas redes a los magistrados de Roma. El Censor, que sobre el Ulla tenía su oficina, gozaba de los favores de la Señora, y fué informado por ésta del enterramiento santo.

Tras una bacanal, la celta y el romano urdieron una estratagemma para detener a los principales cristianos y quebrantar el sagrado del sepulcro. Llamó la Reina a uno de sus agentes que se hacía pasar por cristiano y le ordenó comunicase a sus supuestos correligionarios que las autoridades romanas sospechaban de la existencia de la tumba, y pronto darían con ella. El espía había de ofrecer un carro arrastrado por dos vigorosos cuadrúpedos para trasladar el cadáver. Cumplió el encargo el agente y fué aceptado el ofrecimiento.



Navegó después de morir y aún su cuerpo mortal ha de conocer otros vehículos. (Foto Ksado.)



El carro de bueyes... "es el animal más guapo, robusto y fuerte, pues ningún otro sube como él las corredeiras empinadas y fangosas".

(Una calle de Ribadavia. Foto del Marqués de Sta. María del Villar.)

El día señalado, un reducido y selecto grupo de cristianos esperaban al vehículo en el Olivar de Adina. Cuando el espía y otro vigoroso celta llegaron con el carro y su tiro, su asombro no tuvo límites: ¡esperaban a unos mansos caballos y aparecía una pareja de toros de Barbanza, de cinco hierbas y la mejor casta! Bermello y Garrido, los toros *marelos*, imponían por su tamaño y su bravura incontenible. Dudaron mucho los cristianos antes de colocar en el carro los restos del Apóstol, pero no había opción, el tiempo urgía. Pusieron su confianza en Cristo, que protegería, sin duda, de la furia taurina al cadáver de su discípulo. Y el milagro surgió: los toros, cuya salvaje intranquilidad sólo era contenida por la maestría del mayoral, fueron dejados a su albedrío por éste cuando vió el cuerpo colocado sobre el carro. Empero, en vez de partir los toros en furiosa carrera hacia su querencia del Monte Barbanza, se arrodillaron prodigiosamente al sentir la santa carga. Y Lupa y su amante—los cuales espían escondidos tras un *valo*—aparecieron en primer plano y se humillaron también; la certidumbre del milagro los convirtió a la fe de Yago.

La Princesa indicó a sus nuevos correligionarios que en el Puente de la censura unos "armaos" esperaban al vehículo apostólico y les aconseja que, para librarse de la detención, siguiesen la dirección contraria, o sea, por su Principado d'a Mahía, donde ella les garantizaba el paso libre y aun el enterramiento. El carro partió.

El carro de bueyes gallego, dice el extraño escritor Manuel García Paz, "es el animal más guapo, robusto y fuerte, pues ningún otro sube como él las corredeiras empinadas y fangosas". A los que admiramos la mansa fortaleza de la pareja de bueyes, no nos parece absurda la síntesis de tres individualidades en una, y podemos asegurar que entre todos esos guapos animales ninguno existió comparable en robustez con el que le cupo en suerte la Traslación de Santiago. Toros transformados pomposamente en bueyes, los primeros bueyes de la raza *marca* que diecinueve siglos después ponen muy en alto todavía el renombre ganadero de Galicia.

Patrón el santo apóstol de andariegos peregrinos, de nautas audaces, de boyeros pacientes. Primer viajero de la dorna y del macizo y chirriante carro gallego... Garrido y Bermello recorrieron presurosos a Mahía de Doña Lupa, y ya en sus límites, cuando los súbitos bueyes dieron por terminada su gloriosa jornada, se dió sepultura al cuerpo venerado al llegar al castro de Libe-
rodonum.

Providencial destino el de la dovela compostelana que, fuera de toda razón geopolítica y arquitectónica, realiza misiones especí-

ficas de la clave del arco de Galicia. Recibe por milagroso designio el cuerpo de Santiago, que correspondía a Iria Flavia, como en el siglo XIX había de quedarse con el de Rosalía, también arrebatado al Olivar de Adina donde ella soñó—y cantó—en ser enterrada. Lo fué, en efecto, pero a los pocos años de su muerte fueron trasladados sus restos a Santo Domingo, panteón en mantillas de gallegos ilustres; en este segundo traslado sí que no hubo milagro, si no estulticia enchisterada y declamatoria. Hoy en el camposanto de Adina, en lugar del Apóstol y la poetisa, reposan bajo los olivos el inglés Mr. Jhon Trulock y su esposa italiana, Signora Nina Bertorini, abuelos maternos de Camilo José Cela, al cual nuestro viejo demonio Anxelo Novo admira sinceramente, sin necesidad de leer sus obras, pues supone, con cordura, que deben ser de calidad, dado que nació en Iria y quizá lo entierren, en su lejano día, en la sacramental de Adina. (Véase la página literaria de este número.)

La tierra y el mar las conoce el peregrino, patrón es ya de tres medios de transporte, y aun le quedan dos más y un elemento: el aire.

Como un San Jorge norteño viste las armas el Hijo del Trueno. El Emir Abderrahmán exige las Cien Doncellas al Rey Ramiro; sale el monarca asturiano al campo para vender caro el tributo. En el collado de Clavijo divisa a las huestes musulimes; su número aterra al bravo Don Ramiro. Tiene un sueño inquieto el monarca en el vivac y se le aparece Santiago, que le promete la victoria. Cuando rompe el día comienza la batalla y aparece en la Rioja, por el Oeste, por el cielo de Galicia, Santiago Apóstol, jinete en su caballo blanco y manteniendo una blanca bandera. Su corcel en Clavijo es un Clavileño de carne celeste, es un Pegaso santo. En defensa de la pureza combate el buen Jacobo, el dulce peregrino por un solo día se transforma en Santiago Matamoros. Los pies de su caballo pisotean mahometanos en lugar de dragones, pero como San Jorge rescata la amenazada virginidad de unas vestales.

Su patronazgo dinámico se completa, alcanza la máxima categoría medieval: ¡es el santo Patrón de la Caballería! Y hoy, en la Edad de la Aviación, si Don Jaime aterrizó en Clavijo, ¿por qué su patrocinio no cubre a los aeronautas?

En el Ulla de los sueños—como el Rey Ramiro en Clavijo—vive Anxelo Novo; en la noche de Santiago fué en dorna a la Caneira; todavía pasta en aquellos prados mágicos el airoso corcel Venero; aun recuerda con detalle los hechos heroicos de la lid de Clavijo, y está siempre dispuesto a ser montado por su santo jinete para partir, en misión de paz ahora y no de guerra. Es fácil reconocerlo, es de una nitidez deslumbrante, con una nota de color en la frente: la venera que fué de Venus y que Don Jaime de Compostela ganó definitivamente, salvando del harem a cien doncellas más castas—pero menos gentiles—que Afrodita divina y que Lupa pagana.



... el pedrón donde se amarraban las lanchas que llevaban gretos y berberechos al mercado de Iria.

(Foto Ksado.)

QUIERO HABLAROS DE LOS MAESTROS CANTORES DE NUREMBERG

POR

MANUEL BLANCO TOBIO

Para ello he pasado mi mirada por el lomo de piel de animal manso de algún libro impreso en caracteres góticos, con esas letras de artesanía que los canteros del medioevo esculpían en los ábsides de las iglesias de Alemania, aludiendo al Sacro Imperio Romano Germánico. Pero estas viejas ediciones no me dicen nada de esas supremas voluptuosidades de los poetas y de los músicos alemanes que hoy se han borrado de la memoria de arena de los hombres: Escribir un *Lied* y embalarse en un solo de flauta de J. S. Bach.

No creáis que mi imaginación ha recalado en Nuremberg acudiendo al reclamo de ese vano ruido de papeleo que es el famoso proceso, cinematografiable como lo fué el de María Estuardo, el de la Princesa Tarakanowa, el de madame Stavisky y como lo será mañana el del Duque de Enghien. Antes de levantarse las pilas de papel de tanto tiempo diabólicamente perdido, ya estaban levantadas las torres de Nuremberg, ya los artesanos de los gremios hacían juguetes para los niños rubios, como un Jesús gótico, y por la noche iban a cantar a la taberna de Brander alegres canciones báquicas del aprendiz de zapatero Hans Sachs, de la misma cuerda profesional que el glorioso remendón de Görlitz, Jacobo Boehme, auriga de metafísicos.

¿Qué saben los maestros de leyes por Oxford, por Harvard o por Kazán de los *Meistersinger* de Nuremberg? ¿Qué saben los burócratas a la violeta de aquella feliz y risueña burguesía de la Alemania prereformista, que hizo artesanía de la poesía para endulzar las horas de invierno, cuando nieva sobre los tejados de pizarra de la ciudad, cuando crepita la leña de los bosques embrujados del Harz en el hogar y el humo de las pipas de cerezo y de porcelana sahumada, las vigas de nogal del alto artesanado de la residencia del Baron Münchhausen?

Esto fué Nuremberg antes de ser Audiencia internacional. La cajita de música de

Alemania, esa gran nación que, al dejar de sonar, ha dejado mudas todas las teclas de Europa. No nos lamentamos de que hayan dejado de producir acero las fábricas Krupp, no nos lamentamos de que los moscardones de Messerschmidt hayan dejado su bordón de contrabajo en los cementerios de chatarra. Ni nos importa que la filosofía de Jena, de Marburgo o de Heildeberg hayan perdido su borla doctoral, y Weimar y Leipzig su aire de corte literaria. Pero si nos conmueve que los alegres compañeros del tejedor Nunnenbeck no fabriquen ya juguetes para los niños de Alemania.

Ningún otro país del mundo ama tanto a los niños como Alemania, tal vez porque en ninguna parte del mundo los niños son tan bellos y tan serios. Para ellos se escribieron, en un lenguaje intraducible, los cuentos más maravillosos, las nanas más dulces, las canciones escolares más puras. Para ellos se construían en Nuremberg las muñecas más rubias, los caballitos de cartón piedra más dóciles. Para los niños alemanes se buscaron los nombres más lindos, más pequeños, más eufónicos: El nombre de una flor silvestre, el nombre de un guisante y el cascabel diminuto de *chen* y *lein*.

Aquellos buenos y felices burgueses y artesanos de los gremios de Nuremberg que movieron a ruidoso regocijo, a wagneriana risa las panzas de metal de los trombones y el opulento abdomen de los contrabajos del músico teutón, están en los campos de concentración o regresan ahora con la amargura de los desmovilizados que han perdido, roto el juguete de su alma, muda su cajita de música. De las vigas de nogal cuelgan, como ataúdes, las cajas de los violines, y en un rincón, amarillo, hay un reguero de serrín y un jirón de trapo escocés. No habrá juguetes para los niños este año; tal vez los niños de Alemania no vuelvan a jugar más. Y esto será el más grave reproche que nos harán mañana.



Mantener la grandeza de un linaje, sin perder altura en cada generación que pasa, no es, por desgracia, empeño de las estirpes españolas. Muy escasas son las familias que ilustren con varias figuras de su sangre diversos capítulos de nuestra Historia.

Entre ellas, quizá ninguna tenga par con la estirpe, originariamente gallega, de los Gasset, que en toda una centuria no ha dejado de producir personalidades de excepción. Don Eduardo, fundador de "El Imparcial", conspirador setembrino con Prim, cimentó la gloria de la familia en el campo del periodismo y la política. Heredó el gran diario y el "familiar" Ministerio de Fomento, su primogénito, D. Rafael, el político "hidráulico", canalizador del futuro. Y el nieto, D. José Ortega, graba, definitivamente, a su segundo apellido en el más alto relieve, en la cumbre del pensamiento universal.

Mas, no satisfecha todavía la raza de los Gasset, produce esta maravilla de delicadeza, de ingravidez, de presente ausencia que hoy admiramos en esta plana. Mariuca Baselga Neira Gasset es la mejor creación de una raza creadora; es un encanto de mujer, que parece huída de cualquier pinacoteca italiana, para que Lagos se superase brindándonos este magistral retrato.

Bajo la sombra abacial de San Martín de Jubia

Al Excmo. Sr. Obispo Auxiliar de Santiago,
con profundo respeto y obediencia

POR

E. CHAO ESPINA

El río Jubia tiene dengue albolagero heredado de Júpiter tonante, padre de los dioses y de los hombres en la frialdad marmórea del paganismo. El valle de Jubia vierte su abolorio toponímico a lo largo de sus 22 kilómetros, pero el arrebujado abacial de San Martín al través de los ojos románicos de sus arcos muestra la hitación ferviente de la religiosidad medieval.

I.—Andadura histórica

Llamóse primitivamente nuestro Monasterio de Tartares, Nebda (Neda) y Joyba (Jubia); sobre sus orígenes escribe Montero Díaz: "Es de suponer que desde la época sueva o visigoda, existiese un pequeño santuario o ermita o templo consagrado a San Martín, que más tarde se transformase en el monasterio de que nos ocupamos" (1). También el Sr. Montero deshizo el error de la advocación probando que no se trata de San Martín de Tours, sino del bracarense.

Cuanto al origen del Monasterio, creyeron Montero y Arostegui y D. José Alonso López que el Priorato de San Martín había sido fundado en el 969 por el Conde Osorio Gutiérrez, opinión combatida por el Sr. Saralegui (2). Murguía lo fecha en el siglo X o IX (3), y algunos hacen brotar su fundación del reinado de Bermudo I, durante gobernó a Galicia en representación de Alfonso el Casto.

Con singular acierto destarata el Sr. Montero Díaz las opiniones de Colmenero y de Arayz, por no estar fundamentadas en documento ni base histórica, presentando como el más antiguo dato que poseemos sobre San Martín la donación que al Monasterio hizo Visclavara Vistraiz, en 15 de mayo de 977, y que inserta en su Colección Diplomática. Ante los datos que posee, sostiene el culto investigador: "podemos fijar la fecha de fundación de la abadía en los comienzos del reinado de Ramiro I, y con posterioridad desde luego al 830, o sea, dieciséis años antes de comenzar a reinar Ramiro I, designaba el abad Tructino algunas iglesias pertenecientes a la sede Iriense, todas ellas aledañas al monasterio de San Martín, nombrando incluso a San Saturnino *iusta flumen Jubia* sin incluir a San Martín" (4).

Los comienzos del siglo XI son de gran prosperidad para el Monasterio, y es muy probable que en esta época tuviese lugar su incorporación al Monasterio de Cluny, que, con certeza, sabemos estaba incorporado en el siglo XII. Siguió próspero el Monasterio en los comienzos del siglo XII, y en 1110 logró Gelmírez incorporarlo a la diócesis de Santiago hasta que, en 1122, firmóse un convenio "en virtud del cual —dice López Ferreiro— don Munio, obispo de Mondoñedo, con consentimiento de su cabildo, cedió a la iglesia de Santiago y su arzobispado todo el derecho que pudiera pertenecerle en los arciprestazgos de Seayá y Besoncos y, a su vez, el de Santiago, con conocimiento de su cabildo, cedió a la iglesia de Mondoñedo los derechos que pudieran corresponderle en los arciprestazgos de Trasancos, Lavazencos y Arros" (5).

Dependió desde esta fecha el Monasterio del obispado de Mondoñedo y recibió cuantiosas dadas, sobre todo en la primera mitad del siglo XII, llegando en esta época a su grandeza piramidal, siendo, en decir del P. Yepes, abadía

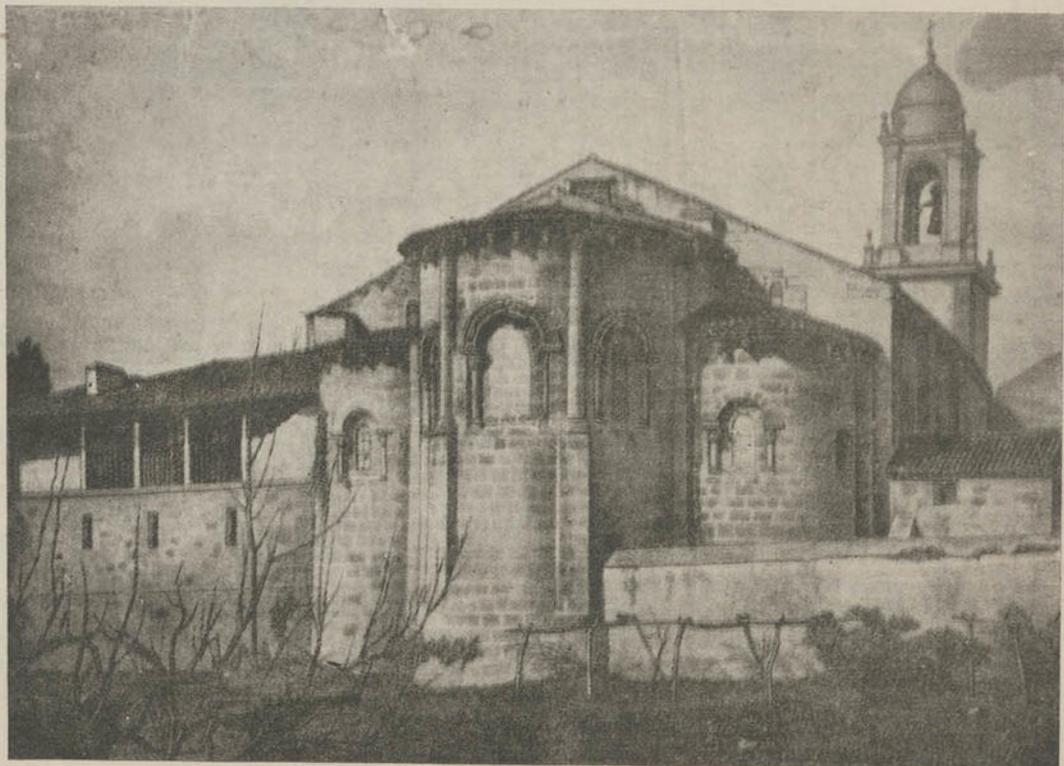
curato, no sólo del Ferrol, sino de otras parroquias de esta tierra" (10).

II.—El Monasterio.

Cuanto se ocuparon de este Monasterio destacan la belleza del lugar en que se eleva sobre las alfombras playeras, como un ojo de esperanza abierto al mar.

Románica y monacal, conserva la primitiva traza del siglo oncenno, y su reedificación data del 1137: "*cuius basilica ficta est in flumen Juvie ripa notato invante Deo de semper olim sacratio*" (11). El conjunto es de mérito desigual: a la pobreza de la fachada, que D. Angel Arenal comparó a "un subterráneo, al cual se baja por una escalinata que hay desde la puerta" (12), sigue cierta suntuosidad del interior. La planta basilical consta de una nave central y dos laterales más estrechas. El techo es de madera y descansa sobre los muros del edificio a excepción de las bóvedas que cubren los tres hermosos ábsides románicos que cierran toda esta fábrica por la parte de Oriente. Estos tres ábsides dan luz al interior por cinco hermosos ventanales de arcos de medio punto sobre columnitas, en el esbelto del medio está cegado el ventanal del centro.

El citado Sr. Arenal nos informaba el pasado siglo de que "el antiguo retablo del altar mayor se halla oculto con otro más moderno que se colocó en 1810. Este es de muy buen gusto; está perfectamente dorado y fué el que tuvo la iglesia castrense de San Fernando, del Ferrol, hasta dicho año, que se reemplazó con el que hoy



Abside del Monasterio de Jubia.

existe" (13). Los restantes retablos son de fechas muy diversas. Los capiteles colgaron de las columnas todo el simbolismo y religiosidad del medioevo en un desatado de alegorías y en floración espléndida de hojas, monstruos, cabezas de bestias y extrañas y variadas figuras.

La torre exterior, de altura desproporcionada, fué construída en 1782: peluca empolvada sobre un toscó sayal benedictino. Pero en el cornisamento de la nave central brotan al aire en áspera protesta figuras hermanas de los capiteles y de las arcadas del interior.

De los enterramientos de sus protectores sólo se conservan los túmulos que guardan las cenizas del conde Froila Vermúdíiz y de su hijo, Don Rodrigo Froilaz (14).

La casa rectoral fué antiguo convento y conserva un interesante escudo esculpido en piedra, el cual es posterior al convento y no pertenece a los Osorios, porque éstos tienen por armas dos lobos rojos en campo de oro, detalle que desbarata la opinión de los que creen ser estas las armas de Jubia. Sólo un lado se conserva del claustro, y aun éste no pertenece al primitivo convento, por lo cual no podemos formarnos idea del que existió anteriormente. Lo que se salvó pertenece al siglo XVIII, y lo que pereció estuvo destinado a claustro y celdas de religiosos y religiosas hasta que Paulo II ordenó la separación de sexos y Gelmírez fundó el famoso Monasterio de mujeres.

Carré Aldao, refiriéndose a los restos que de este Monasterio subsisten, escribe: "Esto es lo que queda del único monasterio cluniacense en Galicia y citado en la bula de Pascual II al abad Hugo de Cluny, 1110, a cuya orden seguía sujeto en 1417, como se hizo constar en una carta de foro otorgada por el "Prior do moesteiro de San Martín de Jubea da Orden de San Benito", cuando en union de uos monjes acudió a "capitulum por Campaa tanguda" (15).

* * *

Damos por terminada esta estampa abacial. A la sombra de San Martín de Jubia crecieron en brote grandezas clericales, cuyo recuerdo no ha conseguido cubrir el capote del tiempo..., por sus claustros corretearon "monaciellos" a lo Berceo y—aun hoy—esta hermosa tierra cuenta entre sus hijos el báculo de un Prelado, padre amoroso de los rebaños de Cristo: *Ut in omnibus honorificetur Deus*.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

- (1) SANTIAGO MONTERO DÍAZ: *La Colección Diplomática de San Martín de Jubia* (Santiago, 1935).
- (2) LEANDRO SARALEGUI Y MEDINA: *San Martín de Jubia*, 3.ª edic., pág. 25 (Ferrol, 1899).
- (3) M. MURGUÍA: *Hist. de Galicia*, t. IV, capítulo V (Coruña, 1891).
- (4) SANTIAGO MONTERO: Obra cit., págs. 10 y 11.
- (5) ANTONIO LÓPEZ FERREIRO: *Hist. de la Sta. Ap. M. I. de Santiago...*, t. IV, pág. 58 (Santiago, 1901).
- (6) *Crónica general de la Orden de San Benito, Patriarca de Religiosos, por el Maestro Fr. Antonio de Yepes* (Valladolid, 1615), t. V, folio 146.
- (7) FLÓREZ: *Esp. Sagrada*, t. XVIII, pág. 14 (Madrid, 1874).
- (8) YEPES: Obra cit., lug. cit. (Valladolid, 1615).
- (9) FR. FELIPE COLMENERO: *Discurso histórico sobre el origen y fundación de el [sic] antiquísimo Monasterio y Abadía (hoy Priorato) de S. Martín de Jubia*.
- (10) *Crónica General de España. Prov. de La Coruña*, por FERNANDO FULGOSIO, pág. 110.
- (11) Documento de fines del siglo X, citado por Saralegui.
- (12) ANGEL ARENAL: *Descripción de la villa y puerto de Ferrol*.
- (13) Id., opús. cit.
- (14) Interesantes detalles pueden verse en la citada obra de Saralegui y en la del mismo autor *Los benedictinos de San Martín de Jubia*.
- (15) *Geograf. General del Reino de Galicia... Prov. de La Coruña* (tomo II), por EUGENIO CARRÉ ALDAO, pág. 327.

INTRODUCCION A UNA HISTORIA DE LAS TABERNAS GALLEGAS

Por ALVARO CUNQUEIRO

Agradezco extraordinariamente a mis amigos de FINISTERRE que me hayan dado ocasión para contar, día a día, en estas páginas, la historia de las tabernas de nuestro país. Historia que—parece inútil anunciarlo—ha sido en gran parte vivida por el autor, desde que iba a aprender a echar cuentas en la taberna del Rulo en Riotorto, siendo de edad de nueve años, espigadillo y feble. Me sentaba junto al bocoy del Valdeorras, al pie de la escalera, con la pizarra en las rodillas, y más de una vez mojé el pizarrillo en el gotero que bajo la billa recogía la pinga violeta. Creo que aquél fué el primer vino que caté, mientras averiguaba, suponiendo que en un jarro quepa litro y cuarto, cuántos litros caben en diez. Conozco las tabernas de mi Mondoñedo natal, donde mal se beben unos caldos flojos, que allí a la húmeda del valle, se achican y agrían; bebí en las tabernas mariñanas de Lugo, mitad tabernas y otra mitad lotas de pescantines, y en las del propio Lugo, que son de las mejores de la región gallega, y en las que los vinos del Ribeiro y los de Toral de los Vados tienen un punto que pudiéramos decir clásico, lo cual, por otra parte, es tan propio de Lugo la romana. De Orense tengo mis recuerdos, comenzando por aquella añorada Ribadavia, que tiene el mismo color otoñal y amelonotado de su nombre. Por Vigo y la península del Morrazo probé, con José María Castroviejo, hasta dónde llega la sed del europeo cristiano, carnívoro y cazador. No me olvido de Pontevedra, y aunque tenga que decir que las más hermosas tabernas de Galicia son las betanceiras, con su ramo de laurel, como un lambrequín, en la puerta y un aroma de vino frutal y alegre, donde real y verdaderamente se bebe en las tabernas de Santiago de Compostela. Se bebe allí un vino que ha aprendido a trepidar en las barricas cuando repican las campanas basilicales. Algo pasa en las tascas com-

postelanas, en el Padre Benito, el Túnel, el Senado, el Tanque...: los vinos del país van a mejor, se reposan y anchean, toman una temperatura humana y grave, y parece como si fuese allí, en Compostela, bajo la camelia de aquel cielo sacro, donde se descubren las íntimas cales de los vinos del Miño y del Avia, del cabal Espadeiro, de los benedictinos albariños. Allí quisiera estar yo cada día, con la tanza cunca de mi apellido en la mano, viendo cómo la tinta el ribeiro, que es, sin duda—y algún día otro Spallanzani lo pondrá en claro—, el vino más amigo del hombre. Entra en ti, y es como si una mano ancha y cordial se posase sobre tu hombro.

Día a día contaremos la historia de una taberna, que será, quizás, al mismo tiempo, un mapa culinario del país y un catálogo de sus bebedores. Yo no sé beber solo; tengo que amistar con alguien para poder darle luego a una jarra lo suyo, mano a mano, con las parrafadas y pausas que conviene. Por esto he hecho muchos amigos por esas tabernas de Dios, amistades de las horas canónicas de las tabernas que tienen siempre algo de la sorpresa de las amistades infantiles. Las añoro desde este Madrid, donde los vinos gallegos se hacen un poco abantos y pierden calma y tono. No creo que vaya en mi desdoro contar que el otro día, hallándome envuelto en ese paño de morriña que suele tomarme por veces, pasé una tarde dominguera leyendo por enésima vez "La isla del tesoro", y en vez de la botella de ron de la piratería, tuve frente a mí una botella de agulla del Condado que un amigo que suele cantar, cuando bebe, el "¡Bon chevalier de la Table Ronde!", hizo llegar a mi mesa. Era este agulla un vino que yo bebía hace años en Vigo, en el "Nuevo París", remojando un rodaballo a la primavera, ese pez que sieur de Armonville, en su teatro universal de la cocina, ha llamado el faisán del mar.

En el próximo número: «La Taberna del Pongalas»

LETRAS

MESA REVUELTA, de, y sobre Camilo José Cela.

Nuestro corrector estaba cumpliendo su menester con la peregrina y dinámica crónica que se inserta en otro lugar de este número, cuando cauteloso, curioso, impertinente, se le acercó el especialista en demografía de FINISTERRE, y mirando por encima de su hombro, leyó las pruebas finales.

—Ya no es cierto, ya no.

—¿Qué, qué no es cierto?

—Eso que de mí ahí dicen: que no leí las obras de Camilo José Cela...

—¿Al fin las embuchaste?

—No, todavía no; pero sí alguna de sus páginas. Hube de romper la promesa que hice a Nuestra Señora de las Mercedes...

—¿Qué le habías ofrecido?

—Le prometí a la milagrosa Virgen—aquella mañana de septiembre, en su ermita, aguas arriba del Ulla—que si me libraba de las verrugas, no leería ni una novela española de este tiempo.

—¡Extraña oferta!

—¡Que cumplo al dedillo!... Salvo una vez. ¡Qué vez!

—¿Cuál?

—Cuando leí *Nada*, esa tremenda obra de una "nena" canaria, que pronto, por afinidad, será gallega. Entonces... me salió una verruga en el dedo índice del tamaño de una de esas nueces que se mercan en la romería de las Mercedes.

—Ahora...

—Ahora temo que me aparezca en el pulgar una de esas enormes paviás que allí también se venden. Camilo José calmó ayer, en su casa, mi apetito voraz con una merienda, y mi hambre literaria con el primer capítulo de la novela que tiene entre manos, uno de los que leyó hace días en Barcelona tan felizmente.

—¿Quedaste contento?

—¡Entusiasmado! Si la temperatura, el brío, la calidad de la pluma que escribió ese capítulo se mantiene a lo largo de la novela, tendremos una obra de las que harán siglo.

—Dicen que de Galdós a acá...

—Prefiero decir de Baroja a aquí, del Don Pío creador del Hermano Beltrán y de Paradox, no hubo narrador en castellano de semejante empuje cáustico y sentido.

—A fin de cuentas no hiciste más que oírlo.

—Mas pronto podré vibrar con su prosa, pronto aparecerá una nueva edición de *Pascual Duarte*, y no tardará en salir la novela de la cual nos leyó sus primicias.

—Mientras tanto...

—Leo los ensueños y las figuraciones de esta "Mesa revuelta" que ayer me dedicó. Vivo en el "tibio reino del espíritu", cuya capitalidad está en su Iria Flavia, y descanso en el jardín de un pazo que nos describe en breve estampa. Allí, en aquel reino, sir John Moore, el bien amado de lady Stanhope, representado en su jardín coruñés; allí también el Cela mártir, a quien su pariente de hoy, dedica en prosa un epicedio encendido.

—¿Así que después de leerlo lo admiras todavía más que cuando únicamente lo hacías por razón de paisanaje?

—Sí, bastante más, y si supiera escribir haría de su obra una crítica ponderada y no esta "incompleta divagación".

B. R. B.

GALAS Y GOZO DE PONTEVEDRA, por Viñas Calvo.

Este poeta barroco, lleno de intención lírica, con un senequista despegado de las cosas que no tienen consonante, es un señor de la tierra, un Brunmell rural de corte menor o de jornada, de la estirpe de aquellos caballeros que en otro tiempo dieron a nuestra aristocracia terrateniente lema para su heráldica y mundaneidad e ingenio al salón grande del Pazo feudal y castro militar.

Un poeta, en fin que escribe por cansancio o por no jugar al "bridge", cambiando la morriña por el *splin*. Por su temperamento, por su sangre, por su cultura, es discutido, manejado, contradecido. Hay en él, desde luego, abundante materia para levantar polémica, para disputar escuelas, para colocarle en un pasado sin revisión o para montarle sobre un futuro que alguien vigila ya.

Este libro, del que damos hoy noticia, nos pone sobre la pista de su rumbo poético, sobre el lomo de su reloj interior, porque tratándose de una

colección de poesías, más que cronológica, sentimental, podemos descubrir la filiación espiritual de sus ideas y ese oculto asentamiento del instinto poético que se derrama en la cápsula perfumada del verso.

¿Qué nombres, qué estrofas, qué aire familiar nos traen a la memoria estos gozos casi místicos y estas galas casi nupciales de Pontevedra? ¿Puede hablarse de falsilla, de escuela, de clán literario, en la poética de nuestro poeta? Creo que no; por lo menos, no descubrimos una intención o una devoción que nos ponga en camino; una huella leve, sutil, que apunte a un caitel rubeniano, ramoniano, o, ya en un plano de abstracciones filiaciones, a un ismo surrealista, modernista o simplemente postista.

Sin embargo—y esto no quiere descubrir mediterráneos—, hay en Viñas Calvo un poeta de escuela, que no marcha solo a una cruzada perdida, sino bajo una bandera consular, de colores españoles trasfundidos en linajes gallegos. Nos recuerda a aquellos poetas palatinos que componían *versos di camera* para las Infantas. Nos recuerda también el amargo retiro de los que en el trance

UN GALLEGO CONSAGRA SU VIDA AL ESTUDIO DEL EMPERADOR TRAJANO

Hemos tenido ocasión de saludar en Madrid a un asiduo colaborador de la Revista FINISTERRE, un gallego cien por cien, que sólo se encuentra a sus anchas rodeado de libros y escudriñando datos y noticias escondidas en viejos pergaminos.

El Doctor Mayán Fernández, a quien nos referimos, ha pasado todo el curso de 1944-1945 en la capital de España, trabajando en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, y, como su actividad no puede contentarse con un solo cometido, en Madrid ha explicado también, como Ayudante en la Universidad Central, un cursillo monográfico de Historia de la Historiografía Clásica, cooperando además en las tareas del Catedrático Viñas Mey, en orden a la preparación de un Catálogo de Economistas Españoles para el Congreso de Estudios Sociales.

*Le vimos por vez primera en la Biblioteca Nacional, adonde concurría cotidianamente al objeto de reunir materiales para una nueva obra que ahora prepara sobre el Emperador Marco Ulpio Trajano, a la que desde hace tiempo viene dedicando, según él, los mejores momentos de su vida. De tal modo se ha identificado ya con el *Optimus Princeps* que por todas partes y a todas horas lo veréis luchando con algún texto latino, con la copia de una inscripción o con el facsímil de cualquier moneda. Tiene reunidas miles de fichas y papeletas, numerosas referencias a las que piensa dar forma literaria allá en su querida Galicia, en el aislado rincón en que vive en paz Virgiliana.*

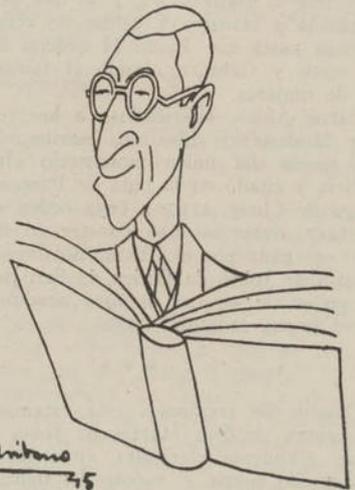
El haber sido principalmente autores extranjeros los que se dedicaron modernamente a escribir sobre Trajano, y que en España, aparte del estudio de D. Eloy Bullón—limitado a la política social del digno hijo de Itálica—y del breve, pero sabroso comentario del Sr. Montero Díaz, no se haya hecho todavía nada que pueda estar a la altura de lo llevado a cabo por De la Berge, Dierauer o Paribeni, fué el motivo principal que movió a este gallego a escribir un libro que sea algo así como un tributo español a la memoria del Príncipe que tan alto supo poner el nombre de España.

Bien merecía el Emperador español que alguien, entre nosotros, se dedicase con calma a estudiar su vida y su obra. Tarde, sí; pero al fin un español ha emprendido en serio tan apremiante tarea y va a proporcionarnos una biografía que, dadas las condiciones del autor, no dudamos haya de ser valiosísima.

Parece ser que la obra del Sr. Mayán ha de enfocar filosóficamente la tarea imperial de Trajano, y su labor, tan opuesta a la eminentemente arqueológica de Paribeni, no será menos apreciada por los especialistas españoles y extranjeros.

*En apéndices al libro piensa reeditar antiguos textos españoles sobre Trajano, tales como la breve biografía de Luis de Morales Polo y los famosos discursos de Barreda sobre el Panegirico de Plinio. Dará a conocer también, editándolos él por vez primera, tres discursos de autor anónimo que sobre el *Optimus Princeps* se pronunciaron en Italia en la antigua Academia del Duque de Medinaceli, contenidos hoy en un manuscrito de la Biblioteca Nacional. El tratado de la Institución del Príncipe de Diógenes Crisóstomo, cuya influencia fué tan decisiva en la política del Emperador español, y otras mil curiosidades completarán este trabajo, que con impaciencia estamos ya todos esperando.*

Sirvan estas líneas tan sólo de ligero avance y vea en ellas nuestro querido amigo Mayán el honrado tributo de nuestra admiración sincera.



de renunciar a su época o a su poesía, hipotecan, para salvar a ésta, las galas y los gozos de su alma.

En este último libro de poesías que Viñas Calvo nos pone en la mano y en el pensamiento, hay, más que una ciudad, el alma de una ciudad que todavía no ha pactado con este demonio financiero y quizá diputado que tanta geografía del mundo ha deshecho. Porque Pontevedra no sólo es un tema poético, sino que tiene, como las ciudades de la antigüedad, su poeta; especie de augur, de arúspice, de taumaturgo, que trata a los genios y a las brujas que rondan el recinto, que hace cantar a las piedras de las iglesias, que sonsaca las verdades vegetales y minerales de los bosques y de las montañas.

Pocas ciudades quedan ya que tengan su poeta, y Pontevedra es una de ellas. Hablábamos antes del carnet espiritual de Viñas Calvo y, burla burlando, hemos encontrado su clave, su cifra, su cabalístico. La poesía de Viñas es el mensaje cifrado de Pontevedra, su mensaje poético, dictado por una voz secreta y que él nos traduce en esa suite de momentos catalépticos que es la poesía y que no tiene explicación, ni la necesita.

M. B. T.



DON AMANCIO PORTABALES

LA OBRA DE JUAN DE HERRERA REVISADA A LA LUZ DE LOS DOCUMENTOS

Amancio Portabales acaba de publicar un libro en torno a un punto concretísimo de la historia de la arquitectura española. El libro lleva el título *Los verdaderos artífices de El Escorial y el indebidamente llamado estilo herreriano*. Como se ve, la sola portada llama la atención del lector con el anuncio de la defensa de una tesis contraria a la afirmación corriente, no sólo en el ámbito vulgar de los conocimientos generales, sino también en los dominios de la especialización, merced a la cual el nombre de Juan de Herrera señala el máximo arquitecto de España. Amancio Portabales revisa la obra de Juan de Herrera y arranca de sus manos el imperio de la arquitectura española. ¿Cómo consigue su propósito? He aquí la pregunta batallona.

A cualquier estudioso del arte español le es conocida la participación de Juan de Herrera en El Escorial. Sabe el simple estudioso que los planos del monasterio filipense fueron trazados por Juan Bautista de Toledo y que Herrera sólo es autor del edificio a partir de la primera cornisa. Ahora bien, en relación con el resto de la obra herre-

riana, no creemos que hasta ahora nadie se haya atrevido a negarle a Juan de Herrera la paternidad. Lonja de Sevilla, catedral de Valladolid, puente segoviano de Madrid, por no citar más que las más importantes obras, se han tenido, sin discusión, como pruebas irrefutables del genio de Herrera. Estos magnos edificios, más las numerosas huellas que están dispersas por España y unidas por la filigrana común de la severidad inconfundible de un estilo único, eran las pruebas de la dirección superior de un solo arquitecto —Juan de Herrera—, sin el cual no se comprende la presencia de tan fuerte unidad en una tan amplia multiplicidad de obras.

Pues bien, Amancio Portabales niega a Juan de Herrera la paternidad de tales monumentos arquitectónicos. No se crea que la afirmación rotunda de Portabales parte de una premisa arbitraria. Portabales no es ningún sistemático que construye una teoría ajena a los hechos concretos. Es más, Portabales ni siquiera pretende, previa la proclamación de una tesis acumular razones y hechos favorables a su pretensión. El camino seguido por Portabales es, justamente, el contrario. Su trabajo se inicia bajo el mero signo de servir a la verdad. Frente a las obras atribuidas a Herrera, Portabales se ha puesto a investigar, entrando decidido en los archivos —Simancas, Sevilla, Granada, Córdoba—, las pruebas existentes de los autores verdaderos. La búsqueda le resulta fallida a favor de Herrera. Sólo la catedral de Valladolid aparece como obra de este arquitecto. En las demás, el nombre de Herrera se manifiesta en los documentos tan en segundo término que Portabales no vacila en reducirlo a la categoría de un hábil delineante.

El lector, al llegar aquí, se pregunta: ¿Pero no es suficiente la realización de la catedral de Valladolid para dar a Herrera una singular categoría e incluso afirmarlo en la monarquía de la arquitectura en España? Según Portabales, no. El razonamiento de Portabales parece decisivo. Herrera tendría derecho a la monarquía arquitectónica si en esta obra suya existiesen aportaciones originales, que ya no estuvieran patentes en El Escorial bajo la rúbrica de Juan Bautista de Toledo y Paccioto.

Queda todavía una cuestión. ¿Cómo se ha podido crear la leyenda herreriana? Amancio Portabales la cree obra del siglo XVIII y principalmente de Ceán Bermúdez. Acaso sea ésta la parte más discutible del libro. Ceán Bermúdez se la encuentra ya hecha. Creemos que Portabales ha debido aquí arremeter limpiamente contra la profunda inmundicia de los eruditos españoles. El ha podido comprobarlo de manera directa en los archivos que ha visitado, en los cuales son desconocidos muchos de los más "conspicuos" investigadores de nuestro país, incluyendo a Ceán Bermúdez.

En definitiva, *Los verdaderos artífices de El Escorial* es un libro de máximo interés, honrado y serio. La copiosa documentación que recoge, inédita en su mayor parte, respalda perfectamente al autor contra los impugnadores que pudieran salirle al paso. Nosotros, por nuestra parte, como incompetentes en la materia de que se trata, no podemos decir nada concluyente. Si Herrera es éste que nos descubre Portabales o el que tradicionalmente conocíamos es cuestión que compete a los historiadores del Arte. Ahora bien, Portabales ha puesto sobre el tapete una cuestión, la ha resuelto y ha lanzado a la pública discusión sus afirmaciones contrarias a las que se sostienen por los profesionales oficiales de la Historia



Registramos con verdadero alborozo en estas columnas, donde más de una vez marcó la huella de su magnífico talento literario, la noticia de haberle sido concedido el Premio Pérez Lugín por la Asociación de la Prensa de La Coruña al sacerdote D. Enrique Chao Espina.

La absoluta unanimidad de criterio del Tribunal que ha discernido tal galardón prueba hasta qué punto es apretado de valor y valores el trabajo presentado por Chao Espina.

El vigoroso dinamismo mental de nuestro distinguido colaborador le permite simultanear las más variadas actividades intelectuales. Así, sin abandonar su colaboración en diarios y revistas, donde frecuentemente acusa su espíritu ágil y alerta, ha podido concurrir a oposiciones para profesores adjuntos de Institutos, obtenido, también por decisión unánime del Tribunal, el número 3, y asimismo en fecha reciente logró el premio extraordinario del Doctorado en Filosofía y Letras, en ejercicios celebrados en la Universidad Central.

Nuestros lectores saben bien cuánto vale Chao Espina; por eso a nosotros, en esta ocasión, más que encomiar sus méritos nos corresponde señalar succinctamente la satisfacción que nos producen sus triunfos.

del Arte. A éstos obliga el hecho. Los archivos están abiertos para repeler la agresión. Pero hay que ir a los archivos.

J. A. Gil.

Un buen colegio en
VIGO
Colegio «LABOR»

Apartado 214 = Teléfono 2529

LA STRA Y PREGO LTD.

AGENCIA DE ADUANAS

TRANSITOS - SEGUROS MARITIMOS

VILLAGARCIA DE AROSA

RECUERDO DE WALCHEREN EN LA BAHIA CORUÑESA



Un rincón del Puerto de La Coruña
(Foto Marqués de Santa María del Villar.)

Por espacio de varios días, el puerto de La Coruña ha ofrecido hospitalario cobijo a una flotilla de ocho dragaminas holandesas, capitaneados por un buque auxiliar de la Real Marina de los Países Bajos.

Atraído por la novedad de la presencia de barcos de guerra extranjeros en la bahía coruñesa, me sumé a los millares de convecinos que, de la mañana a la noche, recorrieron los muelles curioseando las interioridades visibles de los pequeños navíos atracados a los muros. Y advertí al punto que la denominación de estos buques respondía a un criterio toponímico relacionado con la configuración geográfica del país de los molinos y de los tulipanes. Cada unidad ostentaba el nombre de una isla holandesa, y cada nombre era un símbolo suscitador de amables evocaciones: "Wieringen", "Tholen", "Ijselmonde", "Veveland", "Duiveland", "Skorkland", "Overflakee", "Wálcheren"...

¡Wálcheren!... "La isla de Wálcheren—anunciaron hace un año las agencias informativas—ha dejado de existir militar, estratégica y geográficamente". Destrozados los diques de contención, con tanta perseverancia construidos por los holandeses, y aniquiladas las esclusas que regulaban el curso de los canales, las aguas se precipitaron sobre la planicie de la isla zeelandesa y recobraron el nivel que alcanzaban antes de la desecación.

La noticia grabó entonces en mi ánimo una impresión de amargura, renovada ahora al pasar ante el barco que lleva el nombre de la isla. Porque la isla de Wálcheren encerraba—encierra, pues me resisto a creer que los neerlandeses admitan su definitiva desaparición—uno de los más agradables recuerdos que conservo de mis viajes por Europa. Y uno de los más instructivos, a la vez. Tanto que desde aquella tarde primaveral en que la conocí guardo el convencimiento de que su emergencia artificial constituye uno de los más hábiles prodigios de la organización turística holandesa.

Regresaba de Amsterdam, camino de Amberes, cuando el mozo del coche comedor recorrió el tren anunciando la primera "serie". Dejé mi asiento, atravesé dos vagones y me senté a una de las mesitas del restorán. Almorcé con calma, recreado en la degustación de las viandas y en la contemplación del paisaje, mientras el tren proseguía su marcha cruzando "polders", ríos y canales, y deteniéndose en aquellas estaciones resplandecientes de limpieza que causan el asombro del viajero español. Sin que yo lo advirtiese, al llegar a la estación fronteriza y aduanera de Rosendaal, el coche comedor había sido desenganchado del tren internacional y acoplado a un convoy que seguía ruta distinta. Era tarde ya para apearse y esperar un tren de regreso. Opté por continuar y vivir la aventura hasta el final. Conocí, al paso, las tierras verdes de Bergen op Zoom, en el Brabante del Norte, y las jugosas praderas, moteadas de pacíficas vacas, de la isla de Bevelandia; y ya en la de Wálcheren, el bucólico encanto de los campos de Middelburgo, presididos por la maravilla gótica de su Consistorio, y aquel ferrol en miniatura—Ferrolño flamenco—que era la plaza fuerte y base naval de Flesinga, familiarizada, siglos antes, con la presencia de las naves de Farnesio y Oquendo.

Però antes de llegar a Flesinga, en la pequeña estación de Arnemuiden, había entrado en mi departamento una hermosa muchacha del país. Era morena, intensamente morena—¿supervivencia española?...—, y la negrura brillante de sus cabellos se aureolaba de blondas y de encajes—espuma textil—ensartados de alfileres de oro, al estilo comarcal. Era una auténtica belleza de Zeelandia, vestida con el traje popular y folklórico, que viajaba y se movía—que hacía su vida habitual—ataviada a la manera típica de Holanda. Y entonces comprendí que la organización turística de los Países Bajos, resentida por las sospechas vertidas por Wenceslao Fernández Florez en reciente crónica dedicada al pintoresquismo de la isleta de Marken, me había hecho desviar de la ruta de Bélgica para que no abandonase Holanda sin comprobar la espontánea autenticidad de su folklorismo de tarjeta postal.

El servicio secreto del Turismo holandés había descubierto que también yo era gallego y suspicaz.

Por JOSE LUIS BUGALLAL

Richart GESTORIA ADMINISTRATIVA

Fianza depositada

Travesía del Cardenal, 2, bajo

Monforte de Lemos
(Lugo)

Luciano Buhigas e Hijos

Consignatarios de Ibarra y Cia., S. en C.
de Sevilla

Agentes de Aduanas y comerciantes colegiados

Apartado 4. - Teléf. 34. - Telegramas: Buhigas

VILLAGARCIA DE AROSA



simplicidad de la composición, son de insobornable estirpe española. El pintor no ha realizado concesiones; es fiel a sí mismo y a su raza; en definitiva, fiel a los fines más puros de su arte.

Ismael Blat—lo saben todos—es valenciano. Pero su paleta levantina, feliz captadora del luminoso esplendor del Mediterráneo, se ha enamorado de la brumosa luz de Galicia. Resulta curiosa esta atracción, sentida desde hace muchos años, que Galicia, y de ella especialmente Santiago de Compostela, ejercen sobre el espíritu de un pintor formado en ambiente tan distinto. Porque Blat no es el ocasional pintor de temas gallegos, el artista que aprovecha un viaje para componer, deslumbrado por los elementos del paisaje, media docena de cuadros. Viajes repetidos y largas estadas en Santiago le han servido para conocer el alma gallega y para estudiar de manera detenida y profunda su fisonomía. Sólo un artista como él, ducho en observar la realidad y fijarla con los pinceles, puede realizar tan hábil adaptación de su experiencia plástica y darnos una versión de Galicia seria, sin literatura turística. En los cuadros sobre Santiago se observa no solamente el anhelo del artista de trasladar al lienzo la melancólica belleza y la húmeda atmósfera de las rúas compostelanas, sino también el amor de la inteligencia por la vieja e ilustre ciudad. Imaginamos al pintor deambulando por las calles y callejuelas de piedra y visitando las riquezas arquitectónicas que contiene Santiago para sorprender los momentos característicos y los aspectos más significativos de la monumental ciudad del Apóstol. Así nos da una "Santa María de Salomé" envuelta en aire opaco herido por los reflejos de la lluvia y por una irisación distante, y un "Pórtico de la Gloria" bañado por un resplandor dorado, en la hora en que la prodigiosa joya románica adquiere una palpación viviente.

La luz de Galicia es cambiante, difícil para un pintor no experimentado; constituye a veces desesperación de artistas que pretenden retener sus momentos fugitivos, algunos de nitidez desnuda, que perfila y abrillanta los colores del paisaje. Blat ha resuelto estas dificultades porque se ha empapado del ambiente de Galicia, ha estudiado sus cualidades y ha sabido ver lo que hay de permanente, de representativo, en la tierra por él visitada. El gran pintor dedica

ARTE EL VALENCIANO ISMAEL BLAT, PINTOR DE GALICIA

Por MANUEL G. CEREZALES

Ismael Blat es pintor que se encuentra hoy en la plena madurez de su excepcional temperamento artístico. Durante estos últimos años, una labor intensa, expuesta a la consideración de la crítica y el público en Exposiciones de éxito resonante, le consagran como una de las figuras más interesantes y de obra más lograda de las últimas promociones artísticas. Trabajador incansable, ha sabido encauzar sus dotes por un derrotero seguro, el más paciente y penoso, pero también el de la máxima fecundidad. Su visión de la pintura le ha evitado caer en la tentación de los recursos fáciles y de las experiencias alegres. Antes que nada ha procurado conseguir la maestría de su oficio. En cualquier cuadro de Blat se advierte el aprendizaje del hombre que ha resuelto los múltiples y delicados problemas que plantea el Arte a quienes se dedican a su cultivo. No ha querido dar pasos en falso, en la seguridad de que el dominio de los resortes técnicos le permitirían desplegar libremente los impulsos de su talento y le consentirían mostrar sin trabas su interpretación personal de la vida.

Vencida la primera y difícil etapa, en la cual tantos artistas impacientes o indotados se malogran, Blat es ahora el pintor dueño de sus instrumentos que puede dar rienda suelta a su imaginación sin temor a que le fallen los medios auxiliares. Es un pintor en la plenitud de su obra. Pinta lo que ve y como lo ve. Y su visión del mundo tiene un sello español. Este españolismo, de raíz profunda, sin vistas a la exportación, es uno de los aspectos más auténticos y entrañables de su pintura. Blat ha esquivado inteligentemente las influencias exteriores y las imposiciones de las tendencias de mera actualidad. En esta independencia radica la fuerza de su personalidad, el brío que se observa en sus cuadros. Sin embargo, no ha querido substraerse—tampoco hubiera podido—a la línea tradicional de la pintura española. La perfección de su dibujo, la sobriedad y justeza de su pincelada, la profundidad lograda en el empaste, la armónica



"Atando las redes"



"El Pórtico de la Gloria"

con su arte un homenaje a Galicia, que los gallegos sabemos estimar. En el conjunto de su obra, que será exhibida en España y en varias ciudades extranjeras, desde las cuales ha sido solícitada la presencia de Blat, Galicia está digna y amorosamente representada.

* * *

TEODORO RÍOS

La complacencia visual del lector, en este número de FINISTERRE, ha de comenzar, precisamente, en esa portada en que el maduro acierto de Teodoro Ríos plasma la galanía casi milagrosa de un breve pedazo de la tierra y de una leve franja de la mar galaica.

Si hay un pintor sin retórica y sin posse, ese pintor es Teodoro Ríos. Su extraordinario dominio de la técnica, que se revela constantemente en unos procedimientos y una manera llenos de valiosa simplicidad, no le impide nunca mostrarse candoroso y limpio ante el espectáculo que el mundo que le rodea—y que parece que cada día se estrena para él—le ofrece.

Nada de artificioso, de falso o de convencional se descubre en toda la obra de Ríos, que a pesar de su auténtica juventud no sólo ha trabajado ya mucho, sino que Dios ha querido que trabajase magistralmente.

Varias exposiciones celebradas en Madrid, en las que el éxito no tuvo ningún regateo para el esfuerzo creador de Ríos, abren ancho cauce a las esperanzas y a los mejores augurios de quienes esperan y desean de él la obra cimera.

Luchador duro y eficaz, las dificultades con que tropezó en los primeros tiempos no lograron que su labor perdiese ese acento de optimismo y de sinceridad que hay que incorporar al primer plano de sus valores.

Canario de nacimiento, tiene para todas las tierras de España ojos de curiosa y fervorosa atención. Así, Galicia, a través de su pincel, se nos ofrece tal como es: tierna, jugosa y maternal.

Las páginas de FINISTERRE son hoy como grimpolas alborozadas para saludar la incorporación de Teodoro Ríos a sus afanes.

C. R.

Agustín Pereira Fernández

VILLAGARCIA DE AROSA

Despacho Central de RENFE

Camiones de alquiler dentro y fuera de la población _____

AGENCIA DE ADUANAS

(ESTABLECIDA EN 1894)

VIUDA DE

PIO S. CARRASCO

VILLAGARCIA DE AROSA

Especialidad en despachos de aduanas y adeudo de mercancías. Se facilitan toda clase de datos para la importación de mercancías del extranjero, así como tipos de fletes, etcétera, etc. Corresponsales en todos los principales puertos del mundo.

FLETAMENTOS - SEGUROS - COMISARIO DE AVERIAS

Telegramas } CARRASCO
Telefonemas }

Teléfono núm. 4
Apartado núm. 3

ALMACENES DE CUEROS Y PIELES

CORNEZUELO DE CENTENO
TRIPAS SECAS Y SALADAS - SEBO
VINOS Y LICORES AL POR MAYOR
- IMPORTACION Y EXPORTACION -

Amador González Borrajo y Comp. Ltd.

O R E N S E
(PUENTE - CANEDO - ESPAÑA)

Telegramas: ERGOT

Teléfono 74

B. Guillán de Dios

Conservas y Salazones

Apartado núm. 23

Teléfono 87

Dirección telegráfica: BEGUILLAN

VILLAGARCIA DE AROSA

MENSAJE DEL PAPA AL COLEGIO DE CARDENALES

Por DAMASO CALVO

Con motivo de su fiesta onomástica, el Papa Pío XII ha enviado al sacro colegio cardenalicio un mensaje de excepcional importancia, en el cual describe—con dolorido acento y con acerba pena—la cruelísima persecución contra el cristianismo, decretada por el partido nacionalsocialista de Alemania. Aun cuando Su Santidad, en diversos escritos, condenó severamente los excesos del nazismo germánico, censurando con extremada dureza sus procedimientos, la verdad es que, hasta ahora, no podíamos darnos cuenta cabal de la violencia desplegada por los secuaces del Canciller del Reich para combatir el sentimiento religioso de su país. Este hecho, ciertamente increíble, ha sido puesto de relieve en tan aleccionador documento pontificio, que recuerda los días peores de las sangrientas persecuciones realizadas en los años nefastos de Diocleciano, de Nerón y de Juliano el Apóstata, desalmados enemigos de la religión cristiana.

En este momento, en que la voz augusta del Beatísimo Padre entera al mundo del retorno a tiempos de nuestros primeros mártires, es bueno concretar que los daños espirituales, morales y temporales causados por el nacional-socialismo tienen como antecedente mediato el pensamiento de Federico Nietzsche; y como precedente inmediato las palabras del General Luddendord, recomendando a los tudescos el regreso a prácticas ancestrales de los antiguos germanos. Es decir: que mientras el filósofo combate ásperamente al cristianismo en razón de su concepto acerca de la voluntad de poderío, el militar aconseja a sus conciudadanos la vuelta a los días lúgubres, sin sol, del paganismo idolátrico de sus remotos antepasados. En Alemania—país excepcional en tantos aspectos de cultura intemporal y de elevadísimo progreso civilizador—el pensamiento de sus filósofos impone una ruta popular, fácilmente seguida por un pueblo dirigido por avances de la doctrina científica, que si a veces conducen al bien supremo de la libertad patria, en horas decisivas llevan a tan ilustre y magnífica nación al más irreparable de los desastres.

El pensamiento de los grandes maestros de la filosofía germánica ha marcado huellas



profundas en el pueblo y en el Estado, sirviendo apasionadamente un alto menester científico y un desarrollo funcional de su política. Veamos cómo: La filosofía kantiana, elaborando el imperativo categórico del deber, sometió gustosamente a su influencia al país entero. El deber, como concepto rector de la existencia, no suscita, de este modo, ningún sentimiento hiriente; es sencillamente el ordenamiento de la vida, rendida al poderoso, al mágico influjo de una palabra más áspera en la apariencia que en su realidad cotidiana. El deber ante todo y el deber siempre como obligación ontológica adviene mucho antes que la conceptualización metafísica del derecho.

Poco después de la muerte de Kant, fué víctima la vieja Germania de las invasiones napoleónicas. Entonces se dirigió Fichte a su pueblo en los discursos a la nación alemana, que contribuyeron eficazmente a la liberación de su patria. Fueron aquéllos, días aciagos y tormentosos, en cuyo decurso reinos y electorados, ducados y señoríos tudescos estuvieron en trance de perder inexorablemente su independencia; pero lograron levantarse de su hundimiento, en buena parte al menos, merced a las vibrantes exhortaciones del célebre profesor de la Universidad de Jena, filósofo de muy altos vuelos, como cumplidamente demostró en sus famosas conferencias sobre los caracteres de la edad contemporánea, pronunciadas en la Universidad de Berlín durante el curso 1804 a 1805. En la última de estas lecciones, aseguró Fichte, que "a la luz de la religión es todo agradable e irradia paz y tranquilidad".

Mas—desdichadamente para la Alemania de 1939—este bello y consolador pensamiento, destruído por la demoledora piqueta de Federico Nietzsche, fué sustituido por los

trabajos anticristianos que el frío filósofo de la Alta Engadina compuso sobre el origen de la tragedia y acerca de la genealogía de la moral en los años de 1886 y 1887. Estos amargos ensayos, caracterizados por su brusca oposición al concepto kantiano del deber social, que nos impone la naturaleza, por vivir dentro de la colectividad, inspiraron, a lo que en la actualidad vemos, con su brutal ataque a las redentoras doctrinas de Nuestro Señor Jesucristo, el fondo peyorativo del nacionalsocialismo alemán. Y como quiera que, desde 1939, el amor a las predicaciones de Nietzsche, consustancial con la visión de la vida en la juventud alemana, fué marbete esencial que sus hombres de gobierno más representativos impusieron al credo nazista—de ello es palmaria prueba el regalo de Hitler a Mussolini de las obras completas de Federico Nietzsche, regiamente editadas por la tipografía del Estado, con ocasión del último cumpleaños de aquel genial y esclarecido hombre de Estado—, era natural que, influenciada la actividad política de la organización nacionalsocialista por el evidente predominio de las ideas del solitario de Oberegandin, desembocase en un Estado contrario al cristianismo.

Por eso, principalmente, hubo de periclitarse una concepción económica y social venida con todas las confesiones religiosas. Y si es cierto que los pueblos necesitan para vivir humanamente, dignamente, libremente, que su existencia terrenal esté teñida de un profundo sentimiento religioso, cuando éste falta por imposición deliberada de los Gobiernos, sobreviene ineluctablemente su desaparición como organismo en donde murió la vida: que, en fin de cuentas, nos fué concedida para alcanzar el destino para el cual fuimos creados.

NOITURNIO DO ADOESCENTE MORTO

*Imos silandeiros orela do vado
pra ver o adoescente afogado.*

*Imos silandeiros veiriña do ar,
antes que ise río o leve pro mar.*

Súa i-alma choraba, ferida e pequena
embaixo os arumes de pinos e d'herbas.

Agoa despenada baixaba da lúa
cobrindo de lirios a montana núa.
O vento deixaba camelias de soma
na lumieira murcha da súa triste boca.

¡Vinde mozos loiros do monte e do prado
pra ver o adoescente afogado!

¡Vinde xente escura do cume e do val
antes que ise río o leve pro mar!

*O leve pro mar de cortiñas brancas
onde van e vén vellos bois de ágoa.*

*¡Ay, como cantaban os albres do Sil
sobre a verde lúa, coma un tamboril!*

*¡Mozos, imos, vinde, aixiña, chegar
porque xa ise río m'o leva pra o mar!*

Seis Poemas Gallegos

Federico García Lorca

CANZON DE CUNA PRA

ROSALIA CASTRO, morta

*¡Erguete miña amiga
que xa cantan os galos do día!
¡Erguete miña amada
porque o vento muxe, como unha vaca!*

Os arados van e vén
dende Santiago a Belén.
Dende Belén a Santiago
un anxo ven en un barco.
Un barco de prata fina
que trai a door de Galicia.
Galicia deitada e queda
transida de tristes herbas.

Herbas que cobren teu leito
e a negra fonte dos teus cabelos.
Cabelos que van ao mar
onde as nubens teñen seu nido pombal.

*¡Erguete miga amiga
que xa cantan os galos do día!
¡Erguete miña amada
porque o vento muxe, como unha vaca!*

CANTIGA DO NENO DA TENDA

Bos Aires ten unha gaita
sobre do Río da Prata,
que a toca o vento do norde
coa súa gris boca mollada.
¡Triste Ramón de Sismundi!
Aló, na rúa Esmeralda,
basoira que te basoira
polvo d'estantes e caixas.
Ao longo das rúas infindas
os galegos paseiaban
soñando un val imposibel
na verde riba da pampa.
¡Triste Ramón de Sismundi!
Sinten a muiñeira d'agoa
mentres sete bois de lúa
pacían na súa lembranza.
Foise pra veira do río,
veira do Río da Prata.
Saucos e cabalos múos
creban o vidro das ágoas.
Non atopou o xemido
malencónico da gaita,
non viu o inenso gaiteiro
coa boca frolida d'alas;
triste Ramón de Sismundi,
veira do Río da Prata,
viu na tarde amortecida
bermello muro de lama.

MADRIGAL A CIBDA DE SANTIAGO

Chove en Santiago
meu doce amor.
Camelia branca do ar
brila entebrecida ó sol.

Chove en Santiago
na noite escura...
Herbas de prata e de sono
cobren a valeira lúa.

Olla a choiva pol-a rúa,
laio de pedra e cristal.
Olla no vento esvaído
soma e cinza do teu mar.

Soma e cinza do teu mar
Santiago, lonxe de sol.
Agoa da mañán anterga
trema no meu corazón.

DANZA DA LÚA EN SANTIAGO

¡Fita aquel branco galán,
olla seu transido corpo!
E a lúa que baila
na Quintana dos mortos.
Fita seu corpo transido,
negro de somas e lobos.

Nai: A lúa está bailando
na Quintana dos mortos.
¿Quén fire potro de pedra
na mesma porta do sono?
¡E a lúa! ¡E a lúa
na Quintana dos mortos!

¿Quén fita meus grises vidros
cheos de nubens seus ollos?

E a lúa, é a lúa
na Quintana dos mortos.
Deixame morrer no leito
soñando con froles d'ouro.

Nai: A lúa está bailando
na Quintana dos mortos.
¡Ai filla, co ar do céo
vólome branca de pronto!

Non é o ar, é a triste lúa
na Quintana dos mortos.

¿Quén brúa co-este xemido
d'imenso boi melancónico?

Nai: E a lúa, é a lúa
na Quintana dos mortos.

¡Sí, a lúa, a lúa
coronada de toxos,
que baila, e baila, e baila
na Quintana dos mortos!

ROMAXE

DE NOSA SEÑORA DA BARCA

*¡Ay ruada, ruada, ruada
da Virxen pequena
e a súa barca!*

A Virxen era pequena
e a súa coroa de prata.
Marelos os catro bois
que no seu carro a levaban.

Pombas de vidro traguían
a choiva pol-a montana.
Mortas e mortos de néboa
pol-as congostras chegaban.

¡Virxen, deixa a túa cariña
nos doces ollos das vacas
e leva sobr'o teu manto
as frores da amortallada!

Pol-a testa de Galicia
xa ven salaiano a i-alba.
A Xirxen mira pra o mar
dend'a porta da súa casa.

*¡Ay ruada, ruada, ruada
da Virxen pequena
e a súa barca!*



El puerto de Nueva York

ILUMINACIONES GARCIA - LIRA

Se dispone de 50.000 lámparas de colores en arcadas, guirnaldas, etcétera, para toda clase de fiestas y verbenas
EQUIPOS DE ALTA VOCES -0- PRECIOS SIN COMPETENCIA
José Antonio, 30 RIBADAVIA (Orense)
Teléfono 30

FABRICA DE LOZA DE SAN CLAUDIO

S. A.

SAN CLAUDIO (Oviedo)

Explotaciones Mineras de Arsénico, S. L.

MINAS Y FABRICAS:

Castro de Rey (Lugo) Carballo (La Coruña)

DELEGACION:

Plaza de María Pita, 21, entresuelo
Teléfono 1604 La Coruña

OFICINA CENTRAL:

Plaza de Santo Domingo, 5, primero
Teléfono 405 LUGO

El producto que se obtiene de la explotación es anhídrido arsenioso comercial (arsénico blanco en polvo A. S. 2.-03).

BAUUNDO

Los celtas como fermento de la comunidad atlántica

Por JULIO SIERRA

La Comunidad Atlántica es la civilización occidental—dice Sir Edward Grigg—; a ella se debe lo que es el mundo de hoy y será la fuerza principal de donde saldrá el mundo de mañana. Nadie podrá negar la evidencia de esa frase, pero cabría hacer una pregunta: ¿cuándo, y cómo, adquirirá esa fuerza?; ¿cuándo la comunidad atlántica, una idea con minúsculas, se transformará en la Comunidad Atlántica, una organización con mayúsculas?; ¿cómo se llegará a ello?

Será un proceso tan difícil como urgente, y sería necesario para incoarlo una previa campaña de información entre los pueblos que un día habrán de constituir la Comunidad para que se habitúen a la idea de formar parte de derecho, en esta gran asociación de naciones que el hecho impone. Hoy por hoy las restricciones europeas de energía no alimentan a las mentes de un modo suficiente, y ocasionan un retraso en sus cifras de producción intelectual; en el baremo ideológico del mundo el año 1945 está poco más o menos a la altura de 1908, o sea, en el Barranco del Lobo, y desde el fondo de esa sima, los lobeznos aullan a los pensadores políticos netamente contemporáneos, creyéndoles en la luna de la utopía.

Para que ni siquiera tales fieros canes lo supongan, deben puntualizarse las cuestiones, tratar que no se confundan e interfieran. Así convendría aclarar que si bien los Estados Unidos de Europa suponen una aspiración hartamente oscura, y quizá disparatada, porque brilla por su ausencia todo factor realmente unificador, abundando en cambio los disociadores, no ocurre lo mismo con la pretendida Comunidad Atlántica. ¿Por qué? Quizá porque el mar une más que la tierra, quizá porque aquel eje político Roma-Berlín tenía un simbolismo, y una verosimilitud geopolítica, al dividir Europa en dos grandes sectores. Al oeste de ese eje o línea florece la civilización occidental o atlántica, y con los pueblos que están al este ¿qué vínculos, qué lazo existe de auténtica virtualidad? Pensemos en gallego, aun escribiendo en castellano, y apartando a un lado todo kilometraje, olvidando las cifras que nos dan las guías de ferrocarriles, serenamente preguntémoslo: ¿está más cerca del hombre de Combarro o de Ortigueira Varsovia, Sofía, o Minsk, que Montevideo, La Habana o Nueva York? La respuesta no puede ofrecer duda recordando que antes del descubrimiento de España, hecho por los gallegos en nuestra guerra, para cualquiera de nosotros, Madrid parecía mucho más lejano que la capital del Plata.

Era que los gallegos nos habíamos dado cuenta ya intuitivamente de aquello que los geógrafos franceses descubrieron por vía científica, de que el mar no es natural frontera, que junta en lugar de separar. Y en el mar, en nuestro mar, en este viril Atlántico, que cada vez con mayor exactitud desempeña en la Modernidad

el papel que el Mediterráneo interpretaba en la Edad Antigua, hemos de sumergirnos y bucear en él buscando un tesoro escondido. No, precisamente, los galeones de Rande, u otra antigualla de museo arqueológico, sino esa cálida corriente submarina que templará por un igual a los habitantes de las riberas del que fué Mar Tenebroso y hoy es la más clara ruta.

Esa corriente, templada en el fragor de cien mil combates, debe caldear el ambiente atlántico. Ha de dejarse a un lado todo recuerdo que pueda disociar, cualquier resquemor que pueda herir; es hora de que cierren de una vez las llagas históricas, pues en el panorama del mundo actual un exceso de rigor histórico podría ser funesto. La onda explosiva de las dos primeras bombas atómicas, si alguna cosa debió alcanzar, es a los aburridos y masoquistas textos de polémica histórica. Cuando se va hacia la integración en una unidad supra-nacional, el "patatín" de Gibraltar o el "patatán" de Cuba pierden en virulencia lo que ganan en perspectiva. Los puntos de fricción pasados vienen a ser hoy los puntos de sutura. Mas, para hacer la complicada operación que supone transformar la cualidad de unos puntos, menester es contar con expertos cirujanos, o bien con hábiles costureras; con hombres excepcionales que den la pauta, y con pueblos o razas, dispersos por toda la zona atlántica, que sirvan de argamasa a la nueva construcción.

Cuatro grupos lingüísticos—el francés, el inglés, el castellano y el portugués—se reparten el censo atlántico en variada proporción. ¿Dónde hallar un espíritu común a ellos, un impulso que a los cuatro haya movido? Más de uno hay, pero en esta Revista de Galicia queremos remarcar que tal vez uno de la mayor importancia nos abarca a los gallegos de lleno: es el celtismo.

El pueblo gálico, por la presión de otras razas, fué arrinconado contra el Atlántico. Durante muchos siglos sufrió el duro sino de morar en los finisterres; pero un buen día, el Océano dejó de ser tenebroso, y los celtas poblaron, más allá del mar, otras tierras. La emigración celta no se detuvo, como la de los demás pueblos europeos, pues continúa sin cesar lanzando irlandeses a Norteamérica y a Sudamérica gallegos, mientras que en el viejo mundo, bretones y escoceses—Briand y Mac-Donald, valgan como ejemplos—trataban de dar un nuevo aspecto al orbe entero.

Los gaélicos o gallegos de esta orilla, y las colonias de ellos en la otra ribera deben tomar a pecho, hacer cuestión de honor, cuestión de raza, la creación de la Comunidad Atlántica. Comunidad donde convivirán portugueses, ingleses, franceses y españoles con los americanos de las cuatro procedencias, y donde los celtas de los siete países de Breogán—Galicia, Cambria, Erin, Escocia, Armórica, Cornubia e Isla de Man—tengan una sagrada misión que cumplir: constituir la levadura de la "regueifa" atlántica que se está cociendo.



El puerto de Buenos Aires

LANERIA Y COLCHONERIA DE BONIFACIO JUSTO

DESPACHO:
Corderería, 12. - Tel. 1627

TALLERES:
Orzán, 11 - LA CORUÑA

CASA LEDO

Gutiérrez y Rodríguez, Ltda.

ULTRAMARINOS FINOS Y ESPECIALIDAD EN CHOCOLATES ELABORADOS EN CASA

Cap. Carreró, 15

Teléfono 1626

VIGO

ANEMIA ARTRITISMO
INTESTINO DIABETES
ESTOMAGO

AGUAS DE MONDARIZ

FUENTES DE GANDARA Y TRONCOSO

INDICADISIMAS EN LOS TRATAMIENTOS SULFAMIDICOS

INSUSTITUIBLE AGUA DE MESA

GALICIA EN MADRID

"SUEVIA FILMS"

CESAREO
GONZALEZ

ha iniciado el rodaje de sus nuevas producciones:

"LA PRODIGA"

y

"MAR ABIERTO"

que vienen a sumar dos nuevos triunfos a los éxitos de «POLIZÓN A BORDO», «UNOS PASOS DE MUJER», «LA RUEDA DE LA VIDA», «CAMPEONES», «DEBER DE ESPOSA», «EL ABANDERADO», «EL REY DE LAS FINANZAS», «CASTAÑUELA» y «BAMBÚ»

RESTAURANTE

LA CRIOLLA

de

Manuel Coque Gayo

Se recomienda por el buen servicio

FUENCARRAL, 73 - Teléfonos 16722 y 29560

HOTEL METROPOL

MONTERA, 47

TELÉFONO 12935

CASA GALLEGA

RESTAURANTE - BAR

COMIDAS TÍPICAS GALLEGAS

Plaza de San Miguel, 8 - Teléfono 14022

Manuel Carbia Barco

CONTRATACIÓN OFICIAL DE FINCAS

Venta de fincas y solares en Madrid

SILVA, 30 : - : TELEFONO 26271

H. PENSIÓN VIGO

TODO CONFORT - SITIO CÉNTRICO

⊗

Recientemente reformada; aguas corrientes caliente y fría en todas las habitaciones; cuartos de baño y duchas. Ascensor. Tranvía y Metro en todas direcciones

⊗

Plaza de Santo Domingo, 16 - Teléfono 26292

C. I. C. A.

GESTORÍA ADMINISTRATIVA COLEGIADA

(Filial de «FINISTERRE»)

◆

Tramitación rápida de toda clase de gestiones en Madrid y en toda España

◆

Carrera de San Jerónimo, 5

Tel. 12171 - Apartado 321

Telegramas C. I. C. A.

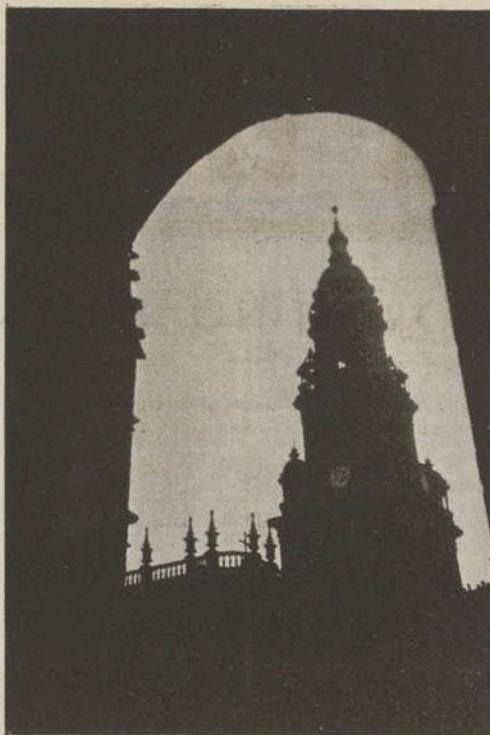
EL ALMA

En vida, una vez caminé hasta Santiago. Tan sólo una vez y, en aquel viaje, llevé dos almas. Una, la mía, que aun la tengo embaulada entre pecho y espalda, guardada de angustias y sobresaltos. Otra, la hallé en el camino, a mitad de él sería y estaba en el centro del sendero, tan en el centro que el peregrino que me precedía le aplicó la punta de la sandalia y allá fué la piedra, rueda que rueda, casi hasta el fondo de una barrancada. Vi la caída. Botaba de lasca en lasca, saltando sobre las pizarras negruzcas, a las que el último sol ponía vetas cárdenas, como ramalazos de sangre coagulada.

Detuve mi andar y me aquieté, porque el reposo me aseguase el susto. Todos sabemos que en los caminos astures o en las rutas galaicas, las piedras son almas en pena, a las que ningún buen cristiano debe dar con el pie. Cárcel o purgatorio son de un alma pecadora, con todo el cuerpo hecho ya viscosa pulpa, caldo lúbrico, licor de los necróforos siniestros. Podre ha ser la carne, para que el alma en pena se convierta en piedra. Que si hay algo entero aun, se hace vaca, mariposa o acaso estornín, como aquel del que Constantino Cabal (1) cuenta los destrozos que causó en el figar, destrozos que sólo cesaron cuando la mujerina devota hizo lo que le mandó el sabio ensalmador:

“Ysi estornin fatal que tanto grita
ye'l alma de to madre Margarita,
que non terná descanso ni folgura
en Pulgatorio ni ena sepultura
si el sábanu en que fora sepultada
non s'aprodez hasta que quede en nada...”

Y es más terrible este tener el alma así, pendiente de un hilo—del hilo de un sábanu—, que acercándose—cada palmo un pun-



POR

Pedro García Suárez

terazo de caminero—hasta la tumba del Apóstol Santiago.

Bajé aquel día hasta el barranco y cogí, entre mis manos, aquel alma desconsolada. Conmigo en el bolsillo siguió la ruta. La noche se echó encima. El cielo estaba oscuro, oscuro y lleno de orificios tan redondos que parecían hechos con un buril. Muchas veces sentí, cómo a mi lado, el paso de algo tan frío y tan ligero, y tan sutil y tan espectral, que la carne se me llenaba toda de miles de conitos, de vértices hiperestesiados por el gran miedo que pasé.

“Santiago de Galiza,
vos soutes tao intrisseiro
ou en morte ou en vida
nei d'ir ao vosso mosteiro” (2).

Yo más quería llegar vivo que ir muerto. El alma me pesaba ya, mas no la mía, sino la que en el bolsillo llevaba.

De los ríos comenzóse a levantar una leve, impalpable y enfermiza neblina. Respiraban así las xanas y el diaño burlón tejía su gasa para descarriar caminantes. Cantó a un lado el cuclillo agorero. ¡Ay, y que oscura iba la noche!

COMO UNA PIEDRA

Todo el camino estaba lleno de muertos. Y andar, andar, andar la noche entera. No podía pararme ni aun siquiera a respirar. Algo en mí—aquel alma pétrea—me azuzaba a seguir adelante hasta la muerte o hasta el llegar. ¡Dios sabe los siglos que la probina llevaría rodando los caminos!

Pasó la noche, como en un sueño malo sería. Me sangraban los pies y me rezumaba de los poros ese sudor frío, que es la helada sangre del terror. ¡Y cómo me pesaba en el bolsillo aquel alma de Dios! Tanto fué, tan grande el agobio, que así como andando iba, callandín, callandín, metí una mano en el bolsu y de copetón saqué la piedra y la tiré lo más recio y lo más lejos que pude. Entonces, comenzaba a amanecer. “Sentí” un ¡ay!, tan lastimero y sobrenatural, tan mísero y doliente, que me hizo del valor nuez y me lo puso como a Don Quijote: atravesado tan en la garganta, que una simple tos me hubiese hecho vomitarlo sobre el polvo del camino. Miré a un lado y a otro. Un lanzazo de sol me dió en el costado y me abrió como una grata herida de luz tibia y dorada. Busqué la piedra allí donde debió caer y ya no estaba. Pero sí, a la claridad del nuevo día, vi un manchón de sangre, humeante aún, sobre el sendero.

¡Ay, por Dios, peregrino...! ¡No des a las piedras con el pie! Tómalas y llévalas contigo. O, al menos, si me encuentras un día convertido en roca, ponme a un lado del camino, de cara a donde nace el sol, para que puedan los lagartos sestear sobre mí o acaso un caracol escriba, con su baba, un epitafio recto sobre mi superficie...

(1) *La Mitología asturiana. Los dioses de la muerte.*

(2) CAROLINA MICHAELIS DE VASCONCELLOS: *Cancionero da Aguda.*

Dirección Postal: Apartado 84
Idem Telegráfica: VAZQUETO
Idem Telefónica: 2065
Oficinas: OLMOS, 13 - TELS
Teléfono Particular: 2252

DANIEL VAZQUEZ
CONSERVAS
VIGO (España)

Anchoas «Soto»
Sardinas «Vazqueto»
Almejas «Dani»



Por FLORENTINO SORIA

Otra vez el Oeste

Otra vez el Oeste americano. Tiros, galopadas, puñetazos, aire libre... Y la misma trama simplista, con los "buenos" y "malos" de una pieza y una muchacha rubia. Son simpáticas estas películas, aunque, como en el caso de *En el viejo Oklahoma*, no ofrezcan valores de interés. Es el tono menor de un género que ha dado ya al cine algunas obras maestras, como *El caballo de hierro*, *La diligencia*, *Unión Pacífico*... Y John Wayne sigue acreditando su limpio puñetazo.

H. C. Potter y Cary Grant



CARY GRANT.

El aficionado recuerda con satisfacción una cinta de Potter, *El ángel negro*, film de limpia emoción sentimental y una de las primeras y mejores interpretaciones de James Stewart, con Margaret Sullavan y Walter Pidgeon de compañeros en el reparto. Pero Potter es también el realizador de películas tan vulgares como *La escuadrilla del Pacífico*. Ahora en *Mr. Lucky* volvemos a encontrarle en su matiz más preciso y humano. Como en *El ángel negro*, la acción de este nuevo film se desarrolla en la América beligerante que tiene sus soldados peleando en Europa. Y también aquí se admira la pincelada del ambiente, el toque sencillo y expresivo, aunque en ocasiones el típico desparpajo yanqui desorbite las situaciones y desemboque el conflicto dramático hacia un desenlace de convencional optimismo. Pero quedan para el recuerdo unos planos iniciales de antología y bastantes momentos de buen cinema.

Mr. Lucky nos ofrece también la madurez del arte de Cary Grant. Aquel joven actor de medianas calidades de *Madame Butterfly*, *La venus rubia*, *Lady Lou*..., es ya uno de los actores más completos de Hollywood. Interpretaciones tan diversas como las de *La pícaro puritana*, *Sospecha* y ésta de *Mr. Lucky*—quizá su labor maestra—, acreditan la flexibilidad de un artista.

La fotogenia del mar

El mar es siempre un escenario altamente fotogénico. Recordemos bellas películas de Garnet, Hathaway, Fleming... Y de este mismo Frank Lloyd, realizador de ésta reciente *Señores del mar*, que ya abordó repetidas veces—*El gavilán de los mares*, *Trafalgar*, *El rey de los mares* y sobre todo *Rebelión a bordo*—los temas marineros. El guión de su última película sobre la histórica pugna de la vela y el vapor está medianamente trabado y tiene algunos lances ingenuos. Frank Lloyd

consigue los mejores momentos en las hermosas estampas de mar libre.

Ahora Haendel

Schubert, Mozart, Chopin, Strauss, Tchaikowski, han tenido sus biografías cinematográficas. Ahora le ha correspondido aparecer en la pantalla a Haendel en una película inglesa mediocre, de detonante colorido, lenta, pretenciosa, sin calidades cinematográficas, con una dirección de Norman Walker desvitaminizada y una interpretación de Wilfrid Lawson grandilocuente, antipática. Lo mejor es el cuidado de la escenografía y la música, que ya era buena mucho antes de hacerse la película.

La señorita Gloria Jean

Gloria Jean ha dejado de ser la pequeña actriz de *Niña revoltosa* y *Cachito de cielo* y se ha convertido en una seductora jovencita, capaz de despertar una pasión amorosa en un galán, ya mayorcito, como Alan Curtis. En *Huyendo a su destino* asistimos a esa transformación de la deliciosa artista, que ha defendido con éxito ese peligroso paso a la adolescencia que ha tortado la carrera de tantas "estrellas" infantiles.

La película de la *puesta de largo* de Gloria Jean, dirigida por un tal Reginald le Borg, no ofrece interés de mayor cuantía. El guión—una *fuera de la ley* que se redime por el amor de una campesina ciega—mezcla sin la debida dosificación motivos muy diversos. Falla el ritmo y se fuerza un final falso y optimista. Lo mejor es la magnífica secuencia del sueño.

Cine para reír

Existe un cine simple, con el único objeto de provocar la hilaridad. El propósito de estos films es muy limitado, pero debe estar servido con un mínimo de condiciones cinematográficas. Que es precisamente lo que le falta a la película española *A los pies de usted*, notable despiste de un director como García Viñolas, que en *Boda en Castilla* y en *Inés de Castro* nos ha dado algunos de los mejores éxitos nacionales. Un director digno no puede nunca hacerse responsable de un asunto tan viejo y agarbanzado como éste de los Paso, dinastía que no tiene nada que hacer en nuestro cine.

Valeriano León es un excelente actor teatral; pero ni por su educación artística ni por sus condiciones físicas puede tener éxito en la pantalla. Es antifotogénico y antifonogénico y de escuela

teatral incompatible con la naturalidad cinematográfica.

El gordo Costello es la otra cara de la medalla. Aquí hay un verdadero cómico, de la mejor estirpe del cine americano. Aúna dentro de un sello propio la manera física de Oliver Hardy, la timidez graciosa de Stan Laurel y la violencia mímica de Harpo Marx. *Dos cabezudos* es una divertida muestra del buen cine para reír. Cine que juega el despropósito del diálogo, pero que se apoya sobre todo en una comicidad visual estrictamente cinematográfica.

El irregular Tay Garnet

Entre el Tay Garnet de *Viaje de ida y Sin rumbo*—y aun de *El placer de vivir* y *De isla en isla*—y el de sus últimas cintas *Eternamente tuyo* y esta reciente *La fugitiva de los trópicos*, hay profundas diferencias. Nunca fué este realizador un modelo de regularidad, alternando en su labor lo excepcional y lo mediocre. En su última película sólo consigue una factura ágil, desenvuelta, y eso es muy poco para el creador de algunos inolvidables poemas cinematográficos.

La vuelta de John M. Stahl

Para el buen aficionado, Stahl es un hombre conocido. El realizador de *La usurpadora*, *Parece que fué ayer* e *Imitación a la vida*, tiene ya un puesto destacado en la historia del cine. Aunque luego—*Carta de presentación*— por ejemplo—no mantuviese esa calidad.

El sargento inmortal nos recuerda en bastantes momentos el mejor Stahl. Aunque su tema tenga notorias concomitancias con aquel gran film de Ford, *La patrulla perdida*, magníficamente interpretado por Víctor Mac Laglen. Así podemos apreciar mejor las diferencias de estilo de dos realizadores importantes; Ford condujo la narración de la aventura de una patrulla perdida en el desierto en su estilo descarnado y vigoroso, sin variaciones en el escenario angustioso. *El sargento inmortal* presenta, con la delicadeza expresiva de Stahl, oasis de recuerdos amables, ensamblados en la peripecia bélica. Buena película, aunque muy inferior al precedente de Ford.

Thomas Mitchell o la exactitud

Ultimamente hemos podido admirar tres exactas interpretaciones de Thomas Mitchell, uno de los mejores genéricos del cine. Todo matiz dramático encuentra traducción precisa en este gran actor: la ternura áspera, la amarga ironía, el dramatismo intenso, el humor humanísimo... *El sargento inmortal*—una de sus mejores interpretaciones dramáticas—, el marido de uno de los seis "destinos" de Duvivier, y el modesto personaje de *La fugitiva de los trópicos* son—en la gradación de las posibilidades de cada tipo—concienciosos trabajos de actor.

Viejos conocidos

Al lado de las nuevas figuras aparecen de cuando en cuando viejos rostros que nos traen recuerdos de otras épocas. Eric Von Stroheim, genial director de *La marcha nupcial* y *Avaricia*, que arruinó a varios productores con sus geniales dilapidaciones, y adecuado intérprete de los tipos más repulsivos del cine, ha aparecido en una floja película



DOUGLAS FAIRBANKS (Jr.) y MARGARET LOCKWOOD en *Señores del mar*.

inglesa, *Tormenta en Lisboa*, en un personaje que parece parodia de sus mejores éxitos.

En la misma película vemos otro actor veterano, Richard Arlen, que triunfó en el cine mudo y que fué apagándose paulatinamente en el sonoro. Vuélve más viejo y más grueso y un tanto mermado en sus antiguos recursos de galán típicamente yanqui.

Y también en ese film aparece Otto Kruger, intérprete feliz de muchos personajes maduros y que esta vez no tiene oportunidades de éxito.

George Brancoft interviene con un cometido secundario en *Señores del mar*. El gran actor de *La ley del hampa* asoma esporádicamente—a veces en papeles de cierta importancia—su gesto brusco de hombre de lucha.

René Clair en América

Después de *Me casé con una bruja* nos llega *Sucedió mañana* con semejante enfoque de humorismo y originalidad y también con intervenciones sobrenaturales propicias al absurdo inteligente. Queda ya un poco lejos el realizador humanísimo de *Sous les toits de Paris* y *14 de julio* para darnos este desenfadado y habilísimo urdidor de farsas ingeniosas y divertidas. Y perdemos con el cambio. Aunque admiremos el gracejo inimitable, la técnica garbosa, el esmero en el detalle de este René Clair del otro lado del Océano.

Seis historias de Duvivier

Duvivier gusta de cinegrafiar relatos fragmentados, apenas enlazados con un leve nexo temático. Así en *Carnet de baile*, *Al margen de la vida* y en esta magnífica *Seis destinos*. Quizá la razón de adoptar este género de relatos para sus producciones se deba a que la diversidad de motivos da margen al realizador para desarrollar toda la gama de su maestría.

Seis destinos es una gran película, quizá la mejor de la etapa americana de Duvivier, aunque todavía no llega, a nuestro juicio, a sus mejores éxitos franceses, *Pelirrojo*, *Rumbo al Canadá* y *Carnet de baile*, no deja de admirarse en su nueva



Nuestro paisano ANTONIO CASAL y JOSITA HERNÁN en *Un hombre de negocios*.



EDWARD G. ROBINSON.

una fácil factura de comedia ligera y cierto esmero en la dirección de los intérpretes. Eso en un film de discreta intrascendencia, hábilmente adaptado sobre una obra de tema poco nuevo, conducido con adecuación al leve fin propuesto. Un poco más de contención y finura en el diálogo hubiese mejorado esta discreta película. El reparto, con algún altibajo, se defiende estimablemente.

Cine italiano

El cine-club del Círculo de Escritores Cinematográficos ha iniciado sus sesiones proyectando después de un programa de viejas cintas el estreno de la versión de *Piccolo mondo antico*, de Fogazzaro, realizada por Mario Soldati con gran cuidado del matiz, aunque con cierta desigualdad, debida, sobre todo, al poco acierto de un guión que resta motivos de lucimiento a la tarea directiva. Cinta lenta, minuciosa de clima, no conseguida de unidad, pero con suficientes aciertos parciales para no merecer la repulsa de un público que sospechábamos escogido y que resultó ineducado.

Viejas películas

En la revisión de valores comenzada por el Cine-Club C. E. C. en sus sesiones quincenales nos han ofrecido ya títulos de gran interés para el aficionado. En la primera sesión, a más del estreno de *Tiempos pasados* ("Piccolo mondo antico"), al cual ya nos hemos referido, se proyectaron *El chico*, de

Charles Chaplin y Jackie Coogan, filmada en 1920, prodigio de gracia y ternura, y el breve ensayo de cine abstracto de Oskar Fischinger, realizado en 1932, *Sinfonía en azul*, buen ejemplo de sincronismo de la imagen, el color y la música, que después con tanta perfección utilizaría Walt Disney en la escena del sueño de *Dumbo*.

En la segunda sesión se repusieron *El asesinato del duque de Guisa* (1903), pura arqueología, documento precioso de los primeros años del cine; *La leyenda de Sor Beatriz* (1923), de Jacques Barancelli, sobre el cuento de Carlos Nodier, versión cinematográfica de un tema de larga ascendencia literaria—Berceo, Alfonso el Sabio, Lope de Vega, Zorrilla, Maeterlink...—, cinta de indudables valores plásticos, con la más fina técnica de su época, y el *Don Quijote*, de Pabst, traducción caprichosa del libro de Cervantes, con notables aciertos parciales de realización e interpretación.



CHARLES LAUGHTON.

película un dominio expresivo, una pericia técnica verdaderamente maestros. Y dispone además del más perfecto grupo de actores que citamos en este orden de méritos: Charles Laughton, Edward G. Robinson, Charles Boyer, Thomas Mitchell, Ginger Rogers, Rita Hayworth, Henry Fonda, Paul Robeson, Roland Young, George Sanders, Eugène Pallète, Elsa Lanchester, César Romero...

Rostros nuevos

Dos rostros nuevos. Y muy lindos, por cierto. Laraine Day y Vera Hrube Ralston se han presentado al público español en *Mr. Lucky* y *Tormenta sobre Lisboa*, respectivamente. La primera es una actriz fina, de deliciosa fotogenia; la segunda, una belleza enfática sin las mínimas condiciones de artista.

Una comedia discreta

Luis Lucía ha mejorado su mediocre iniciación en el cine con *El 13-13*, en su nueva película *Un hombre de negocios*, sobre la popular comedia de López Marín y Sicilia, donde pueden apreciarse



CHARLES BOYER.

Y lo que queda

El club 400 es un film arrevestado, típicamente yanqui, vulgar de asunto y realización.

Y ya sólo resta destacar las interpretaciones de Douglas Fairbanks y Margaret Lockwood en *Señores del mar*; de Fredric March, en *La fugitiva de los trópicos*; de Henry Fonda, en *El sargento inmortal* y *Seis destinos*; de Dick Powell y Jack Oakie, en *Sucedió mañana*, y de Alida Valli, en *Tiempos pasados*.

J. Quintas y Alonso

Los mejores vinos gallegos:
SUPERBRILLANTE - BLANCO
CRISTALINO TINTO

Calle Teresa Herrera, 13. - Teléfono 1372

LA CORUÑA

Vinagre de Solera

POR

SANTIAGO AMARAL

El Padre Maestro Fray Juan Interián de Ayala, del Claustro, Teólogo y Catedrático de Regencia de Filosofía, jubilado en la de Sagradas Letras de la Facultad de Teología de Salamanca, de la Real y Militar Orden de Nuestra Señora de la Merced, Redención de cautivos, pensaba en sus antiguas glorias de humanista, pasmo de las escuelas por su maestría en el arte difícil y envidiable de la métrica latina, o quizá en los días en que tomó el mosquetón para defender los muros de la ciudad atacada por las tropas del Archiduque, cuando recibió el encargo de censurar un libro de no pequeño volumen y de variada y nueva doctrina. No desplazaban estos encargos al mercedario, aunque con los años y la meditación se acendrasen su orgullo despectivo y su expresión escueta. El vino de Horacio, por él trasegado en grave elocuo griego en pugilato de saber y paciencia digno de Arias Montano, se volvió áspero en el pellejo de Fray Juan Interián. Recorriendo—a la luz del velón o tal vez a la clara de la mañana escolástica y madrugadora de Salamanca, en la ascética celda, después de misar—el volumen que era el segundo del célebre y discutido desde el primero "Teatro Crítico" del P. Feijóo, no halló la probidad del censor ningún obstáculo en lo tocante al dogma y costumbres. Pero sin duda la novedad de los temas, la manera directa de enfocarlos con un brío y gozo muy poco aceptos entre los partidarios del "Cuaternión" aristotélico y los vociferantes argumentadores de las barandillas de las aulas, le hizo fruncir el entrecejo y quizá—protestamos dada la calidad moral del varón contra el juicio temerario de algunos—le amargó un poco el manantial de la bilis. No descargó, sin embargo, su incomodo en el propio autor. Era sabio, gran prelado en su Orden, y su pluma, temible. Y sirvió de pararrayos la prosa recamada de elogios coruscantes de los otros censores del "Teatro", que del tomo segundo lo eran el benedictino Fray Antonio de la Torre y Fray José Navajas de la Trinidad Calzada. Sin prisa, administrando con cautela el acre desdén, el P. Interián lanzó en su "Censura" un jarro de agua fría sobre las lumbres encendidas de los panegiristas. Afirmándose en "la seria circunspección y severidad de nuestra nación", el Mercedario sostiene que en otro tiempo bastarían "pocas y ceñidas palabras" para la aprobación de la obra "erudita" y elogio de su autor, pero dominando actualmente la laxitud y el abuso, todos esperan de las censuras "un haz o a lo menos un manojito de sentencias y conceptos cogidos en los amenos jardines de los Poetas y en los campos de los Oradores e Históricos". El P. Interián, declarándose más teólogo que humanista, si bien como humanista fué alabado en el insigne "Teatro" de la Universidad de Salamanca, se resiste con mal encubierto encono al elogio franco, y en cuanto al designio esencial de Feijóo declara no tener ánimos para hacer el oficio de "desengañador" en "una nación tan severa y tan constante, y aun tan tenaz en lo que una vez aprende, como la nuestra".

Dado el saber y los escritos del censor, sería injusto recordar aquí conceptos y expresiones de Feijóo como aquellos sobre "las cabezas de cal y canto, celebros amasados en el error, callosos por todas partes el discurso". La censura, si incomodó a Feijóo, no lo sabemos, aunque lo presumimos. Tuvo noble y adecuada respuesta en el digno y mesurado elogio de la Aprobación al tomo III, suscrita en 20 de diciembre de 1728 por los PP. Maestros Regente y Lectores de Teología del Colegio de San Vicente, de Oviedo, compañeros y amigos de Feijóo. La Orden benedictina acudía a la defensa de su preclaro hijo. Tomando por lema y nervio palabras de Lactancio sobre Cipriano ("Erat autem ingenio facili, copioso, suavi et (quae sermonio maxima est virtus) aperta ut discernere nequeas utrum ne irnatio in eluendo, an facilius in explicando, an potentius in persuadendo") trazan un admirable retrato de Feijóo y sin citar a Interián de Ayala discurren sobre los panegiricos en las censuras de los libros, concluyendo que "nadie negará que es más fea la envidia que la adulación".

No podía escapar al vigilante P. Isla la contienda callada entre las celdas de Oviedo y Salamanca, y así en el "Fray Gerundio" discurre Fray Blas el predicador, acabada la cena, con el Padre Maestro y el héroe de la novela sobre el dictamen del que "huyendo el cuerpo a la censura del libro se metió a censurar a los censores; pero en verdad que llevó brava tunda en cierta aprobación del tercero tomo, ecta". Indica la opinión de algunos de que dicha aprobación convendría mejor a otros "de diferente paño", aludiendo al hábito benedictino. También ciertos maliciosos creen ser el estilo del propio Feijóo que al Padre Maestro le parece "nobilísimo, perspicuo y elegante" y opina que si Feijóo no fué el autor, leyó el párrafo y lo "templó" en los elogios en términos en que "se dice lo que basta y en realidad a ninguno saca sangre". Juicios dignos de tenerse en cuenta sobre el carácter moral de Feijóo y contra los prejuicios sobre su estilo, estampados por críticos como Lista y La Fuente, muy del genio desconfiado del P. Interián de Ayala. Es grato en nuestros días y a distancia de las polémicas del XVIII, como un paseo en tarde de invierno por cualquier paisaje entre Medina y Salamanca, recordar al célebre castellano viejo Fray Interián. Menéndez y Pelayo le dedica encantadoras páginas en su "Horacio en España" y trata en las "Ideas estéticas" del libro que escribió contra los abusos en la plástica religiosa, el "Pictor Christianus", antibarroco, casi puritano diríamos hoy. El P. Interián fué uno de los académicos fundadores de la Española: ocupó el primero el sillón E, en que después se sentaron otros pulcros y severos hablistas, aunque de diferente signo algunos, como Luzán, Campomanes, Ranz Romanillos y Del Castillo y Ayenza. Es el sillón de los helenistas y entonados retóricos, en cuya compañía hace el papel de ardiente guindilla el humorismo de Campoamor.

Hablando de censuras y aprobaciones no debe olvidarse el injustificado desdén con que en general la crítica moderna trata a las que preceden a los tomos del "Teatro Crítico" y las "Cartas eruditas". Son frecuentes las hermosas páginas, los juicios certeros, sin contar las preciosas noticias biográficas que contienen. Y en conjunto prueban que el P. Feijóo no acometió solo y a lo quiote su peligrosa y heroica empresa.

La polémica recordada no es comparable ni por su amplitud ni por su valor con otras suscitadas por los escritos de Feijóo, como las ligadas a los nombres del excelente y bien intencionado D. Salvador José Mañer, el franciscano Soto Marne y los enrespados médicos halénicos de sangrienta lanceta y tenebrosos "Récepes" purgativos. Pero es altamente significativa. Pone en contraste dos tipos, dos caracteres, irreconciliables, de la vieja España, casi pudiéramos decir dos formas encarnadas e irreductibles entre sí de la cultura. Tanto que nos hace dudar si el P. Feijóo, cifra y compendio de la simpatía, tuvo razón al desterrar de entre las motivaciones esenciales de los "entes" y del pensamiento las contrapuestas virtudes operativas de la "Simpatía y Antipatía", a la que dedica uno de sus discursos más felices.

M A D E R A S
ARMADOR DE BUQUES

TELEFONOS } OFICINAS N.º 1
 } FABRICA N.º 2

C O N S E R V A S
D E
P E S C A D O S

Damián López Ferrería
FOZ-LUGO



Vista general

Estrenos... estrenos... estrenos... Pero ni la obra capaz de sostenerse dignamente en la cartelera ni el valor nuevo llamado a refrigerar el enrarecido ambiente de la escena han aparecido en lo que va de temporada. La eterna canción de la crisis teatral sigue teniendo inapagados sonidos de actualidad. A quien y a qué obedece tan extraño fenómeno no lo sabremos nunca quizás, como ese secreto clave que los muertos de folletín se llevan consigo a la tumba. La culpa, como la razón, de todas las cosas la tenemos siempre un poco entre todos; y por un lado el público, aceptando de buen grado los más desdichados engendros, en los que campan por sus respetos los manidos recursos al uso, y por otro los autores, no intentando siquiera renovarse, raspándose la costra de la rutina y el adocenamiento, lo cierto es que el carro de Talía no puede rodar más destartado y renqueante por esos caminos de Dios.

En rigor, tenemos que apuntar, alborozadamente, un considerable y significativo tanto a favor del "respetable". La noche del estreno se llena la sala de un público cordial y esperanzado, ansioso de presenciar, al fin, algo que merezca la pena. Y al comprobar, a las primeras de cambio, que ha sido engañado una vez más, ni siquiera protesta. Parece como si pensase resignadamente: "¡Bueno, otra vez será! ¡No ha acertado el pobre! ¡Qué le vamos a hacer!" Incluso lleva su bondad a aplaudir, para que el autor salga a escena en unión de los intérpretes con los que ha perpetrado el fraude. Obras que en otro tiempo se hubieran hundido en las simas sin fondo del fracaso más absoluto, entre una tempestad de pataleos, son aceptadas sin escándalo y siguen representándose durante unos días todavía. Y, lo que es peor, la crítica profesional no respira demasiado duramente, sino, antes al contrario, con mesurada consideración y hasta en ocasiones sale por los cerros de Ubeda de la alabanza sin recato, confundiendo de este modo al público y al propio autor.

Pero la verdad, la cruda e inexorable verdad, resplandece inmediatamente después: los teatros aparecen casi vacíos. Y hay que ensayar de prisa y corriendo otra obra y estrenarla cuanto antes. No importa que nadie domine la situación ni sepa los papeles. El apuntador se oirá en la última fila de butacas; pero no hay otro remedio. Y se estrena... Y vuelta a empezar. En fin, el cuento de la buena pipa.

Contumaz ejemplo de lo que antecede ha sido Tarsila Criado, en el *Beatriz*. Esta magnífica actriz dramática se ha visto obligada a ofrecernos un estreno cada ocho días, sin que la más mínima fortuna premiase su esfuerzo, verdaderamente agotador. Una tras otra, todas sus obras fueron abatidas por el fracaso apenas iniciado su vuelo: "La pantera mansa", tremendo absurdo, indigno del nombre de su autor, Luis Fernández Ardavín; "El sillón vacío", un viejo melodrama, no peor que otros muchos, de Sánchez Neira; "La honrada", una comedia andaluza en verso, machacona, sensible y empalagosa, de Ochaíta, salpicada de reminiscencias gitanas—; ay, Federico García, llama a la Guardia Civil!—... Todas fueron flor de un día; esto es, de una noche lamentable.

POR

EMILIO CANDA

Parecida suerte ha corrido el gran actor y mejor director de escena que es Manuel González, en la Zarzuela. Nos dió, asimismo, a conocer varias comedias casi pisándose los talones unas a otras, que pasaron todas sin pena, pero también sin gloria.

Sin embargo, hubo algo tan excepcional y maravilloso que nos ha resarcido con creces de toda la espesa vulgaridad ambiente, envolviéndonos en deliciosos efluvios de belleza y de ensueño: la representación de "El sueño de una noche de verano", de Shakespeare, adaptada a la escena española por Nicolás González Ruiz. ¡Cuánto tenemos que agradecerle al Teatro Español y a Cayetano Luca de Tena! Sobraban algunos giros de expresión, que no están, naturalmente, en Shakespeare, y que bien pudo ahorrarse y ahorrarnos González Ruiz; pero esto son pequeños lunares sin importancia. El espectáculo del Español ha constituido una deslumbrante fiesta de arte para los sentidos, como hace mucho tiempo no nos había sido dado gozar tan plena e intensamente. El escenario, un alarde de buen gusto, de técnica y de creación plástica; la interpretación, un dechado de matices, de gestos, de voces. Y de entre el copioso reparto de la obra, arriando el ascua a nuestra sardina—y que Shakespeare me perdone también a mí el chabacano modo de decir—, queremos destacar la figura juvenil y ya ilustre de nuestro paisano José María Seoane, que en el trampolín de su talento ha sabido saltar, en contados años, desde el Cuadro de Declamación de los Amigos del Arte, de Vigo, al primer plano de la Compañía titular del Teatro Español, de Madrid. Seoane es estudioso y disciplinado, modesto y ambicioso; tiene una magnífica presencia, auténtica juventud y Dios le ha regalado el timbre de voz más sonoro y varonil, lleno de los más bellos acentos dramáticos de todos los actores actuales. Merecía triunfar y ha triunfado.

"El gran calavera" y "Tánger"

Como no nos es posible hacernos eco en esta página de todos los demás estrenos, nos limita-



ADOLFO TORRADO

remos únicamente—lo que es fácilmente disculpable dadas las características específicas de nuestra Revista—a comentar los de las comedias arri-

ba citadas, de las que son autores, respectivamente, dos ilustres paisanos nuestros: Adolfo Torrado y Joaquín Calvo Sotelo.

Al teatro de Torrado se le ha propinado en toda ocasión las diatribas más despiadadas que ningún autor ha soportado nunca. No obstante, el público, el gran público, le seguía adicto, incondicional, llorando y riendo con sus melodramas. Ahora parece que corren malos vientos para el fecundo autor coruñés: "su" público comienza a volverle la espalda. Y no es que Torrado sea peor comediógrafo que antes. Ni mejor tampoco. Es el mismo de sus ruidosos años de triunfo. Y este es el quid de la cuestión. Torrado no se ha preocupado por renovarse, por superarse, por cambiar de rumbo. Su última comedia, "El gran calavera", no tiene nada que envidiar ni qué echar en cara a "El famoso Carballeira" o a "Un caradura", pongo por ejemplo de teatro burdo y resobado. Sigue usando y abusando de los mismos resortes, pulsados de idéntico modo. Ha caído en la mimesis de su propio teatro, apurando hasta los límites de la más elemental ponderación la peligrosa experiencia. Y el público—amo y señor—, zanzado y exhausto, se ha dado cuenta.

Siempre hemos admirado y alabado en Adolfo Torrado su innegable habilidad teatral, y siempre hemos creído también que Torrado está capacitado para hacer comedias de verdadera calidad y altura. A nuestro juicio, Torrado se halla en el momento crucial—como se dice ahora—de su vida de comediógrafo: o se renueva o muere, sin remedio y sin esperanza. Nosotros, claro está, deseamos que viva. Para esto debe realizar un auto de fe con toda su labor anterior; recogerse en sí mismo... y esperar que aflore a los puntos de su lozana pluma la comedia, la magnífica comedia, que estamos seguros está replegada en los escondrijos de su alma de auténtico comediógrafo.

"Tánger"... ¡Ah, esto es ya otra cosa!... Joaquín Calvo Sotelo nos ha ofrecido una comedia deliciosa, de fino humorismo y desenfadada factura. Y, sobre todo, bellamente escrita. Tres actos perfectos, llenos de ingenio, de ironía y de amenidad. La acción es conducida con mano maestra, que se complace y se recrea, como en un juego, en mover los muñecos a su antojo. Casi un simple episodio es suficiente al autor para urdir la trama de "Tánger", en la que se acusan rasgos de originalidad sorprendente, difícilmente fáciles. Toda la obra respira una atmósfera grata, simpática, alegre, atrevida. Calvo Sotelo nos ha dado, nuevamente, una prueba de sus dotes de comediógrafo hábil, rico de recursos, dotado de fértil fantasía. El diálogo, siempre correcto y adecuado, natural y jugoso, encantadoramente intrascendente, provoca la risa sin esfuerzo y cautiva la atención en todo momento.

Isabelita Garcés, la actriz de la voz dengosa, con su aire como alelado y de mosquita muerta, vivió naturalmente su desconcertante papel de casada con dos maridos, dándole toda la adorable y estúpida ingenuidad de esas mujeres vacías, de alma un poco mecánica, sin otro deseo, dentro de su tremendo problema, que esta su ilusión de toda la vida: ir a Tánger, la ciudad soñada.

Mujeres



Por

Esperanza

Ruiz - Crespo

Arte y gracia de la coquetería

Hubo un tiempo en que las mujeres eran tan sencillas y tan buenas, que se sometían con entera disciplina al juicio del varón... cuando éste era, además, modisto y figurinista de señoras. Sobre todo, si su etiqueta comercial se amparaba con cierto exótico matiz, siquiera fuera en la ortografía. Retratadas las modelos, los de aquellos creadores ante perspectivas francesas, por ejemplo, ya eran indiscutibles. Y así, reproducidos los clichés en revistas al alcance de todas las fortunas—estamos hablando de otros tiempos—, llegaban a los ojos abiertos en suspiros de nuestras mujercitas de la clase media.

Sucedía que aquellos figurines, diseñados por un hombre inteligente... y comerciante apli-

cado a satisfacer vanidades femeninas para su legítimo lucro, pero imaginados para determinada circunstancia de gran mundo, al imitarse con telas inadecuadas y de ínfima condición perdían todo su equilibrio. Las pobres ilusas se asombraban luego del resultado obtenido..., y poco a poco se iban desprestigiando, porque ya sabemos que el buen gusto, no el vestir, no es privativo de las clases más acomodadas. El secreto está, sencillamente, en la armonía. Y la armonía no requiere tisé de plata, sino gracia para estudiar la silueta, el "estilo" de cada uno, y la vida social o de trabajo que se va a realizar con el traje elegido.

Saberse vestir es algo más que aspirar a un guardarropa muy



Moda parisiense.—Abrigo "sport", en tonos claros, modelo Lanvin.



Moda parisiense.—Elegante conjunto de tarde, modelo Lanvin.

surtido. Con las posibilidades económicas de cada uno, se puede acreditar cualquier mujer de fina y distinguida. Cuestión de dialogar sinceramente con el espejo y concederle que tenemos—todas—ciertas imperfecciones cuyo disimulo es lícito. ¿Por qué intentar modelar nuestro cuerpo a las modas, cosa que jamás se consigue del todo, en lugar de amoldar los modelos a nuestra silueta? ¿Es preciso señalar demasiado el talle... cuando este ha dejado de ser esbelto—o cuando lo es en demasía—porque unos dibujantes que trabajan a sueldo se amaneren haciendo sus "monos"...? Los modistos son ya más humanos y en las grandes colecciones se exhiben con la misma pretensión de elegancia los atuendos muy amplios como los estrechos.

Es fácil que un figurín muy atrevido subyugue, a primera vista, a las muchachas con pre-

tensiones de originalidad, pareciéndoles preferible al clásico e inmarchitable *tailleur*. Tal vez por eso, las viejas y maravillosas plazas con soportales de las nobles provincias españolas se llenen, en las mañanas domingueras, de horribles vestidos que brillan, chillan, deslumbran... Cuando se han puesto seis u ocho veces su traje rojo, verde o azul violento, han herido demasiado las retinas varoniles de la ciudad, y se defraudan al comprobar su falta de éxito.

Dentro de la propia geografía española, el arte de vestirse se matiza por zonas. La muchacha del Norte, de Galicia a Cataluña, tiene un gusto más fino, más severo.

Riesgo y gracia del afán de vestir y variar. Ser elegante requiere ciertas cualidades de inteligencia y discreción, pero estas dos virtudes son en el femenino gremio tan frecuentes—pese a

los mal pensados o a los rutinarios que se han quedado en Nietzsche—que no ofrece duda alguna el gran prestigio de las españolas.

Conste, pues, que los zapatos ortopédicos—sin defensa posible en estética—fueron de importación. Conste que este furor de pieles—toda la escala de la zología modesta—también nos vino

de pueblos en que los horrores bélicos habían arruinado las industrias y las lanas. Volvamos por nuestros fueros.

Siempre de acuerdo con el sentido crítico que nos despierte el espejo, y sabiendo que ser elegante es, por ejemplo, parecer señora guapa, arrogante, cuando ya la edad no quiere bromas de imitación...

Lo que se ha dicho de las mujeres

Las mujeres son niños grandecitos.—*Trueba*.

Es incontrovertible como verdad. No hay mujeres insensibles. Si alguna lo parece, compadecemosla: no ha encontrado todavía el hombre que la haga vibrar.—*Victor Hugo*.

Las huellas de una mujer, si han llegado al corazón del hombre, son indelebles.—*Moratin*.

Entre las mujeres no hay más desigualdad posible que la belleza.—*Alfonso Karr*.

Una mujer cuando se irrita, muda de sexo.—*Madame Puisieux*.

La mujer de talento y corazón es más serena en las tribulaciones que el hombre más sereno. Es muy difícil que el hombre sonría ante el dolor. Y ella sonríe.—*Severo Catalina*.

Mujer, odias a la serpiente por rivalidades de oficio.—*Victor Hugo*.

Doy gracias al cielo de tres cosas: de ser griego y no bárbaro; de haber nacido hombre y no bestia; de haber nacido hombre y no mujer.—*Platón*.

Una mujer fea es un error de la naturaleza.—*Séneca*.

CORREO SENTIMENTAL

Confidencias y desahogos

Cuentan que Goethe estaba tan enamorado, tan enamorado y tan triste que, porque su amor no tenía estímulos de esperanza siquiera, se quiso suicidar. Pero Goethe era un gran cerebro y demostrado dejó en sus libros que era un magnífico escritor. Así, engranando por fin sus pensamientos con sus sensaciones, empezó a trasladar sus cuitas al papel. Y dándole bella forma literaria, ordenándolas, puliéndolas o satirizándose a sí mismo al dominar impulsos, creó "Werther"... y no se suicidó. El artista había salvado la vida del hombre. El relato había ahogado la desolación.

Quiere esto decir, simple y sencillamente, que todos los seres en general, y cada una de las mujeres en particular, han sentido sobre su corazón congojas tan profundas, tan desesperanzadas y fatigosas, que han pensado en la muerte como único camino de liberación. No en muerte anticatólica, porque el suicidio repele, sino en lenta consunción por anemia, por colapsos de un corazón que se rompe... Todas y cada una de nosotras ha creído, siquiera alguna vez en su vida, que jamás el olvido sería lenitivo a su pesar.

Cuitas de amor... Perfume y tragedia de la existencia desde los quince a los sesenta y siete años, aproximadamente. No intentemos decir a ningún enamorado en crisis melancólica que se puede curar una decepción; creen siempre los pacientes que este posible olvido sería un atentado a su dignidad, a su enorme y magnífica capacidad sentimental...

Pero como la vida no es una novela con su número de páginas ordenadito y su final previsto—quiera sea por el autor—, lo que tan difícilmente se admite a los veinte años es auténtico. Quiero decir que no conviene rebelarse ni es útil intentar arrancarse violentamente la pasión. Con ciertas dotes de buena voluntad, el posible remedio está en imitar a la Naturaleza cuando llega el otoño: se trata, pura, simple y resignadamente, de esperar. En cierto modo, no es tan complicado, porque siempre se tiene la seguridad de que pasado el plazo prudencial—que en nosotros no es tan fijo como en las estaciones del año—habremos de revivir.

Y mientras esto llega, inexorable, recordemos a Goethe ordenando nuestro dolor, nuestros sentimientos enfiebrados, nuestra rebeldía, nuestra humillación. Digan lo que quieran los descreídos, los Consultorios Sentimentales que a través de las fronteras del mundo y en países de muy distinto clima físico y psicológico siguen atrayendo la atención de las gentes, tienen, por lo menos, este gran interés en su favor. Hombres y mujeres que no se atreverían a confiarle al amigo o al pariente la angustia de su fracaso se sienten más atrevidos amparados en el seudónimo. En la narración de su "caso", y en la buena voluntad de quien lee con el alma encendida y contesta de buena fe el criterio de quien ve los toros desde la barrera, puede existir un auténtico germen de penicilina espiritual.

FINISTERRE, en su página Femenina, os invita a desahogar la inquietud temerosa y doliente que envenena el alma. ¿Queréis probar?

(La correspondencia debe ser dirigida a "Meiguña".)



Traje de tarde en ligera lana marrón. La manga es estrecha en el puño, abrochado con botones forrados de terciopelo. Dos lazos de terciopelo recogen el cuerpo a la altura conveniente. Este detalle da al traje una elegante nota.

PUBLICITAS

¡MEDIAS DE CRISTAL
O CASAS!
VISNÚ PEÑASOL
EN TONOS:
BRONCE • ORIENTAL
TOSTADO

AYER... *Hoy...*
Y SIEMPRE
CON PRODUCTOS

VISNÚ

BELLEZA
JUVENTUD Y
PERSONALIDAD

PRODUCTOS
DE BELLEZA
VISNÚ
MARCA REGISTRADA

AGUA DE FOCADOR
LÁPICES DE LABIOS
RECAMBIOS
ESMAITE DE UNAS
BRILLANTINAS
LÁPICES PARA LOS OJOS
BRONCEADOR PEÑASOL
TODOS ESTOS PRODUCTOS
EN VARIAS TONALIDADES

DESCONTA DE LAS IMITACIONES

VISNÚ NO SE VENDE A GRANEL

EXIGID LA MARCA REGISTRADA

Agasajo a don Amancio Portabales en el Círculo de Bellas Artes de Madrid



Organizado por la Dirección de FINISTERRE, se ha celebrado el día 12 de diciembre de 1945 un homenaje de admiración al investigador gallego D. Amancio Portabales Pichel, al que han asistido cerca de 150 comensales, entre los que figuraban representaciones de la Casa Civil de S. E. el Jefe del Estado, Cortes Españolas, Diputación Provincial, Ayuntamiento de Madrid, Directores generales y numerosos artistas, arquitectos, ingenieros, médicos, abogados, escritores, periodistas, etc., etc.



LA CORUÑA.—El escritor Arturo Lagorio pronunciando una conferencia en la Asociación de Artistas. (Foto Cancelo.)



VIGO.—El magnífico edificio del Instituto de Santa Irene, que será inaugurado en breve. (Foto Pacheco.)



Boda de la Srta. María del Pilar Fernández Conde y D. Salustiano Rubio García, celebrada en Pontevedra. (Foto Pintos.)



Boda de la Srta. Palmira Lois Estévez con D. Alvaro Dors, celebrada en Puenteacaldas. (Foto Pintos.)



Boda de la Srta. Amalia Sánchez Pérez con D. Cándido Herrero Froiz, celebrada en Marín. (Foto Pintos.)



PONTEVEDRA.—Grupos de maestras y maestros reunidos en el Pazo de Campolongo, del Frente de Juventudes, con motivo de fin de curso. (Foto Pintos.)



Boda de la Srta. Isabel Martínez con D. Antonio Lombos Vidal, celebrada en Pontevedra. (Foto Pintos.)

GRANDES BODEGAS "Vinícola Gallega"

Bautista López Valeiras

Exportador de vinos finos de mesa
y toda clase de productos de Galicia

Telegramas "Bautista"

Teléfono 2218

Apartado 164

Vigo

FABRICA DE LICORES

ESPECIALIDADES:

Gran Ponche "Celta", preferido por los inteligentes.
Licor café "Celta", inmejorable.
Coñac Brandy "Cerradiña", insuperable.
Gran Quinado "Celta", compite con los mejores.
"Exquisito vino Tostado", compite con el mejor Oporto.
Crema de Cacao "Celta", superior a todas.
Anís "Celta", finísimo, pídale en todas partes.

Finisterre

Revista de Galicia

publicará en su próximo número—que se pondrá a la venta en los primeros días de febrero—, entre otros numerosos e interesantes trabajos, los siguientes:

LAS SIRENAS DE GALICIA

RIBADAVIA E BOA VILA

EL ARTE DE GALICIA EN LA ARQUITECTURA Y EN LAS EXPOSICIONES

EL HOMBRE DE AHORA

UN PINO GALLEGO EN EL CORAZON DE MADRID

POR TIERRAS DE LUGO

PERSONALIDADES GALLEGAS

MACIAS EL ENAMORADO

AMPARITO RIVELLES HABLA PARA NUESTROS LECTORES

EL ALMA DE LA ALDEA, etcétera, etcétera.

que firman prestigiosos escritores, además de sus habituales secciones de Letras, Mujeres, Cine y Teatro, Pasatiempos, Grafología, Anécdotas, etcétera, etcétera.

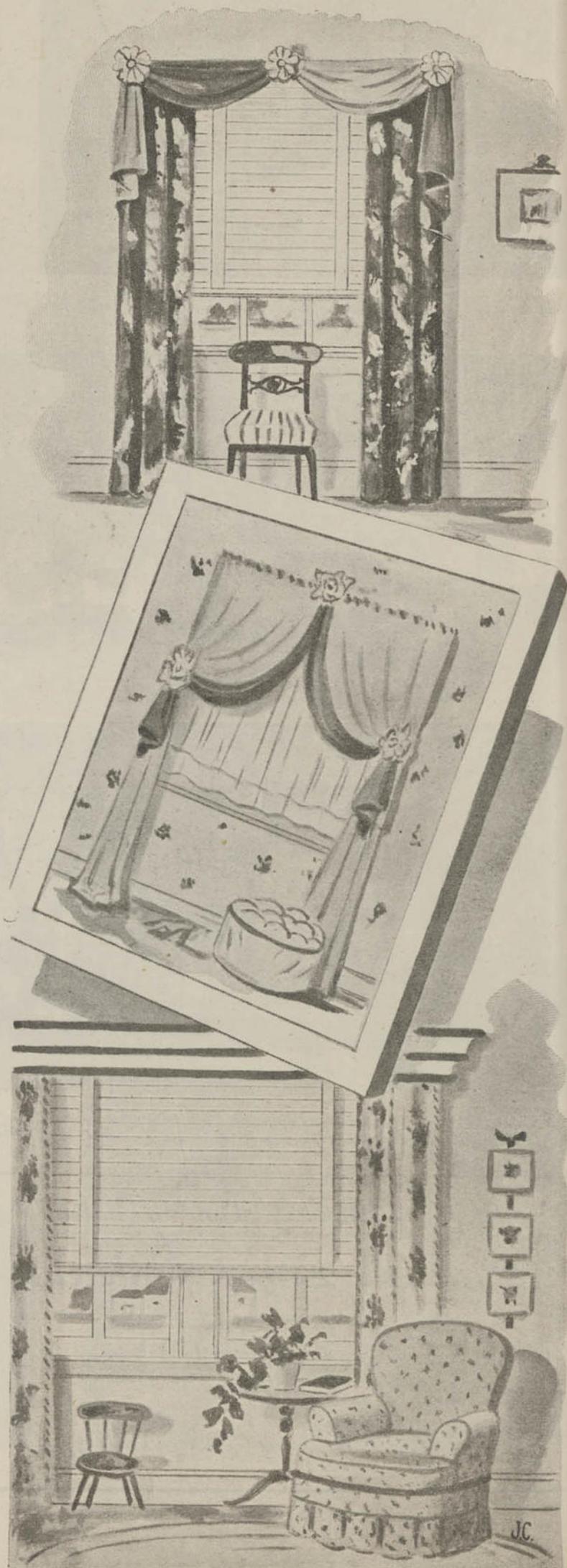
Lea usted y propague

Finisterre

Unica Revista ilustrada, literaria e informativa, de la región gallega.

DECORACION

Adornos de ventanas



EL PAUVRE LELIAN

Et je m'en vais. Au vent mauvais
Qui ni emporte. Deça delà
Pareil à la Fenille morte.

Así dice Verlaine en la *Chanson d'autonne*, de los *Poèmes Saturniens*, cuando los largos sollozos de los violines lastiman su corazón. Nada mejor que estos versos para una semblanza del poeta. Como hoja seca arrastrada por el mal viento, fué llevado de aquí para allá. De la dicha a la adversidad; de Dionysos a la cárcel y al hospital. De la fe a la indiferencia y otra vez a la fe, postrada el alma ante el Cristo; *qui pardonne*.

¡Pobre Lelián! Como una hoja seca en día de huracán fué arrastrado; no tuvo fuerzas para oponerse al vendaval, y si alguna vez las poseyó, luego se cansa y se deja arrastrar en el vórtice. Yo no sé todavía si fueron las adversidades las que lo persiguieron, o fué él quien se apareó con la adversidad. Y por eso sus versos, producto del sufrimiento, son tan intensamente humanos y divinos; barro y espíritu.

Es un paralelo notable el del bohemio del siglo XV, François Villón, y el del bohemio del XIX, Verlaine. Aquél pone los cimientos de la futura poesía; éste rompe los estrechos moldes parnasianos y crea una manifestación literaria, base de la poesía moderna. Los dos fueron presos; Villón llegó incluso a estar condenado a muerte. Y tanto el uno como el otro son poetas íntegros por su naturalidad y fecundidad. Fueron ambos inconscientes y maliciosos y su inspiración va de lo humano a lo divino.

En la vida y en la poesía de Verlaine todo es melancolía y recuerdos. *Souvenir, souvenir, que me veux-tu?*, clama el poeta. Le atormenta el recuerdo de su esposa y de su hijito, abandonados por Rimbaud, su "plaie" que él dijo. Siente melancolía de los días de la infancia, aquellos en que oía los:

Cantiques frais et blancs de vierges, comme aux
Premiers, quand les chretiens étaient tout innocence.

Y el recuerdo ahogado en alcohol se volverá lúcido y le erguirá de nuevo cuando esté en la cárcel o el hospital; o cuando viva con su madre, modelo de cariño exclusivo para él.

Cuando Verlaine llega a las letras francesas, son los parnasianos quienes llevan el cetro de la poesía; y aún Verlaine se adscribe a ellos en sus primeras composiciones. Pero son incompatibles la vaguedad, la ternura y la espontaneidad del principiante con la rigidez y la sobriedad de los parnasianos, amantes de *l'art pour l'art*. El,

POR

B R E O G A N

que había de escribir más tarde lo que llamó herejías de versificación, modelo de música en la poesía y de flexibilidad, no se



PAUL VERLAINE

podía encasillar en la estrecha escuela de Leconte de Lisle.

Funda una nueva corriente literaria cuyo lema es "de la musique avant tout chose". Y luego habían de ser ilustres epígonos suyos, del "último poeta", que alguien le llamó, Rubén Darío y Juan Ramón Jiménez.

La lluvia tiene para los espíritus melancólicos y sentimentales, particularmente para los poetas del norte, un encanto especial. Y es que el sol no se compadece en la tristeza; a lo sumo quiere alegrar sin sentir nuestro dolor. Y la lluvia, no: la lluvia, cuando no es aguacero, cuando es menudita como en Rosalía, entonces se solidariza con nuestras penas y es un amigo íntimo y muy querido que llora con nosotros:

Par un coeur qui s'ennuie,
O le chant de la pluie!

Por eso Verlaine la ama tanto, por su tristeza; pues si S. Agustín dice que no se siente tan fuerte que condene la tristeza del corazón, Verlaine, no sólo no se atreve a condenarla, sino que se complace en ella como en un amigo.

Verlaine siente sus defectos; siente sus culpas, y, sobre todo, siente no poder vencerse y pecar. Es profundamente humano en sus caídas y en sus levantamientos. El pobre Verlaine no puede vivir "sin amor y sin pecado".

Sans amour et sans haine
Mon coeur a tant de peine!

Hay también en la vida del poeta etapas de felicidad. La niñez con sus padres que no viven sino para el hijo único. Cuando la guerra franco-prusiana, es el amor quien trae la dicha. Pero a dos años no más se extiende esta alegría. Y escribe entonces *La bone chanson*, que él, en las *Confesions*, juzga como lo mejor de su obra. Pronto lo vuelve a enredar el alcoholismo en su viscosidad. Abandona el empleo en las oficinas de la *Commune* y conoce a Rimbaud. Verlaine diría de él: "Un gran cuerpo huesudo y poco desenvuelto como de adolescente que estuviese creciendo aún". No obstante, se entusiasma con el tosco muchacho, y una íntima amistad habrá entre los dos hasta que Verlaine es condenado a prisión a Mons por haber disparado contra su amigo. En la cárcel escribe *Romances sans paroles*.

Con una vida así de agitada, sin nadie que se interese por él—él que necesitaba alguien que le quisiera—, divorciado de todos, envejece este cuerpo de fauno sentimental y el alma de loco o de niño. Y cuando se da cuenta, ha pasado la juventud sin saberlo, y entonces se pregunta aterrado:

Qu'as-tu fait, o toi que voilà
Pleurant sans cesse
Dis, qu'as-tu fait, toi que voilà
De ta jeunesse.

Es profesor de francés en Inglaterra cuando sale de la cárcel, y luego agricultor en las Ardenas, de donde procedía su padre, oficial de Ingenieros.

Sagesse, editada en 1881, es un canto de contrición de los más sublimes, meditado en la cárcel. Es un alma que ha visto y se ha penetrado de la soledad del encerramiento, de la grandeza del Creador y de la propia impotencia y mezquindad. Dice a la Virgen sus más conmovedoras estrofas llenas de ingenuidad y amor:

Je ne veux plus aimer que una mère Marie
Tous les autres amours sont de commandement
Et comme j'étais faible et bien mechant encore
Aux mains laches les yeux eblouis des chemins
Elle baissa mes yeux et me joignit les mains,
Et m'enseigne les mots parlesquels on adore.

Nadie hablará a su madre con más confianza y dulzura, y con tanta naturalidad, seguro de obtener lo que pide.

Luego es periodista durante algún tiempo; pero no se adapta su carácter bohemio a trabajo alguno continuado, y abandona el periódico.

Después de la publicación de *Les poètes maudits*, donde él se encasilla junto a Mallamé, Rimbaud, etc., con su nombre en anagrama de *Pauvre Lelian*, empieza a ser conocido.

Era el mejor poeta de su tiempo.

La Cachiporra atómica



—Agua pasada, hielo carbónico, "Reader Digest"...
 —Compresión, concentración, condensación—remató Julio Sierra mi extraña letanía.
 —¡Falta papel!—dije a mi vez.
 —Crearemos el artículo atómico.
 —Sí, una cachiporra parecida a la que asusta al "Dayle Worker".
 —Por lo menos lo patentaremos. ¿Verdad, "Garcilaso"? ¿No os conocéis?
 —¡Sí!—afirmó el extraño.
 —¡No! ¿Qué hace el señor?
 —Verso y prosa, arbitrista.
 —¡Soy la Juventud Creadora!
 —¿Creadora de qué, granuja? Juventud... ¡y por esto de la guerra... que no os segó en mustia flor!
 —Basta ya, Anxelo; ¡firmelo usted!

ANXELO NOVO

GRAFOLOGIA POR EGO

ENCANTIÑO (Madrid).—Juicio muy claro, viva sensibilidad, afectos sinceros y leales, carácter expansivo, voluntad tenaz, mucha generosidad. Timidez, poca confianza en sí misma; tendencia a juzgarse inferior a los demás. Susceptible en extremo. Soñadora, afán de aventuras y deseos de una vida brillante en la que nada ni nadie la hiriese ni mortificase. Intensa vida interior.

HERCULES (La Coruña).—Inteligencia muy clara e ingeniosa. Carácter vehemente, apasionado, leal, impetuoso y algo aturullado, lleno de animación y viveza. Desmedido afán de viajes, cambios y novedades. Lo cotidiano y familiar le aburre hasta la desesperación. Toma las cosas con exagerada alegría, dedican-

doles toda la asiduidad e interés de que es capaz, pero en seguida se hastía y busca otras sensaciones inéditas, y así sucesivamente. Voluble por excelencia. Desigual, extraño, desconcertante. Arranques de alegría y optimismo y accesos de tristeza y pesimismo. Trato difícil.

GUERRA AL AMOR (Orense).—Temperamento imaginativo, pero apático e indolente. Afectuosa sin pasión, desigual, caprichosa. Tendencia a la prodigalidad. Talento penetrante, pero poco cultivado. Delicadeza de maneras. Mentisilla por deporte, sin mala intención. Deseos de diversión, de viajar, de escalar grandes puestos en la sociedad, pero sin fuerzas ni iniciativa ni voluntad para que puedan realizarse. Su impotencia se refugia en los sueños y es feliz

Manuel García Araujo

RIBADAVIA :: (Orense)

"MADERAS GARCIA" "COLONIALES GARCIA"
 (Antes Vda. de Salustiano Peña) Almacén de Coloniales,
 Barrio de la Estación Harinas, Abonos y Licores
 Teléfono 41 Avda. Calvo Sotelo, 7 y 8

Escuela de Espistas

creyendo o fingiéndose a sí misma creer en ellos.

¿COMO SOY? (Orense).—Eres dulce, buena y sencilla. Inteligente, sin pedantería; afectuosa, sin oficiosidad. Triunfo del espíritu sobre la materia. Susceptible, muy sensible; todo lo perdonas y soportas menos un desaire o una grosería. Tendencia a ruborizarse por cualquier motivo. Juicio claro. Carácter reservado hasta la exageración. Timida. Muy puritana. Pródiga con los demás más que con ella misma. Temperamento artístico y creador. Habilidades caseras. Muy mujercita de su casa.

PELMAZO (Vigo).—Cultura, inteligencia superior, voluntad férrea. Cualidades de hombre de mundo. Intuitivo, juicio claro, dotes de mando. Ordenado y metódico. Optimista, lleno de contagiosa vitalidad y fuerza física y moral. Franco, expansivo. Un poco petulante, como si a las demás personas que le rodean no las considerase dignas de él. Audaz, impulsivo, arro-

LERIAS

Por PORTELA



O RAPAZ.—Agora lémbrome de que me vendrían ben algunhas d'isas vitaminas que favorecen o crecemento...

JEROGLÍFICO-ANAGRAMA
 Por Malú

AEI U
 50



¿Le pasará desapercibida?
 (12 34 56 78)
 —¿Sirve de este modo?
 —34. 612 34 7658.

(Sepa usted que en la respuesta a la primera pregunta está la clave de la segunda.)

llador. Iniciativa, afán de aventura, de conquista. Poco piadoso, frío de corazón. Es un hombre de presa, llamado a triunfar.

Correveidile

Era muy difícil hace algunos años—las nobles costumbres se van perdiendo—que en Puenteareas transcurriese una invernada sin que a un grupo de gente joven se le ocurriese constituir un cuadro de aficionados para representar en el único teatro de la villa alguna de las obras que hubiesen obtenido éxito en Madrid.

Como siempre sucede en estos casos, la mayor parte de los "actores", por unas causas u otras, solían llegar tarde a los ensayos. A falta de los "artistas" acudían personas de distinta condición, a las que agradaba enterarse por anticipado de lo que iba a ocurrir el día de la representación.

de la farándula, o bien porque su apetito le apremiase, le esperaba al "garçon":

—A mí, tráijame una posta de bacallau.



Allá por los años de 1931 al 36, las carreteras de España ofrecían el triste espectáculo de verdaderas caravanas de individuos que, so pretexto de hallarse en paro forzoso dentro de sus respectivas especialidades profesionales, iban de pueblo en pueblo apelando a la caridad pública.

En realidad, muchos de estos sujetos eran honrados trabajadores que carecían de ocupación; pero otros—la mayor parte quizá—eran "mangantes" profesionales. A las honradas gentes comenzaban ya a "escamarles" un poco estos pediguñeos, y así no faltaban quienes se cerrasen a la banda cuando los tales les demandaban un socorro.

En cierta ocasión penetró en el establecimiento de un sastre de Porriño uno de estos "parados".

—Camarada, una limosna por favor; llevo mucho tiempo "parado".

El dueño de la sastrería, mirándole de hito en hito, le respondió con sorna de la mejor cepa galaica:

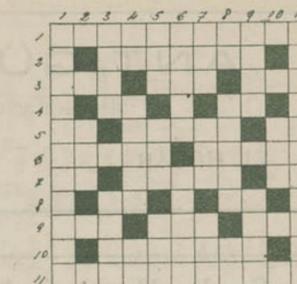
—De maneira que está parado. ¿eh? Pois... ¡ande, meu fillo, ande!



—A mí, whisky.
 —Yo, gin.
 —"Curaçao" para mí.
 Cuando le llegó a Antonio el momento de consumir su turno de peticiones, bien porque no se hubiese percatado de la ficción

CRUCIGRAMA, por Malú

Horizontales.—1: Se adquiere con la práctica.—2: Molestó, fastidió, cansó, fatigó, incomodó.—3: Pieza pequeña en la artillería antigua. Nave. Culpado.—4: Al revés: nota musical. Deidad de los chinos.—5: Nombre de letra. Entristece. Terminación verbal.—6: Al revés y en sentido figurado: hace perder el ánimo. En sentido figurado: que corre mucho.—7: Interjección que se usa repetida. C. de la antigua Grecia célebre en la antigüedad. Al revés: nota musical.—8: Contracción. Río de Marruecos.—9: Gracia especial. Entregas.—10: Al revés: apremiada.—11: Afición extremada a coleccionar sellos de correos.



Verticales.—1: En sentido figurado: de alto linaje (pl.).—2: Letra griega.—3: Detención accidental de un motor. Al revés: apetito.—4: Al revés: nombre de letra. Instrumento músico pastoril. Entregué.—5: Repetida: rumor. Con "más", y en sentido figurado: gloria. Triunfo. En-

fermedad.—6: Decreto del sultán turco. Hijo del arquitecto mitológico que construyó el laberinto de Creta. 7: Al revés: rece. Al revés: hijo de Jacob. Al revés: juego de naipes.—8: Denota negación. Engañoso. Repetida: voz del lenguaje infantil.—9: Conjunto. En sentido figurado: hombre desaliñado.—10: Al revés: en esgrima, acometimiento, embestida.—11: Cambio de color.

(La solución en el número próximo.)

Gran fábrica de ataúdes CASTOR GARCIA SANTORO

(antes García Santoro y González)
 Fabricación de toda clase de féretros y arcas
 Exportación a toda España

RIBADAVIA (Orense)

FABRICA DE ESPEJOS UNION CRISTALERA

Vidrieras artísticas.—Lunas biseladas.—Decoración y grabado.
 Instalaciones comerciales.

LUMINOSOS NEON.—TALLERES DE NIQUELADO Y CROMADO
 Casas en Vigo, Orense y Santiago

¡ATENCIÓN!

Está a punto de aparecer la 2.^a edición de la apasionante novela

EL OJO FULGURANTE

de ALFREDO MISSO

Radio BAZAR Radio y objetos para regalo.

Triunfo, 8 y Palma, 9 - Teléf. 2110. - VIGO

Bar Ribadavia de MODESTO VISO

Mariscos de todas clases.—Vinos del Ribeiro.—Café Exprés.—Comidas

Ronda, 80 - VIGO - Teléf. 2227

ANTIGÜEDADES

Muebles y Objetos de Arte

EL HOGAR

VILLAGARCIA DE AROSA

C. I. H. A. Maquinaria en general y Material eléctrico

Organización Comercial Especialidades:

Motores marinos y estacionarios.-Maquinaria para la industria de la madera

Consúltenos:

Cantón Pequeño, 26 - Teléfono 2799 LA CORUÑA

Sucesor de *Camilo Rodríguez García*

AGENCIA DE ADUANAS

Comisiones - Consignaciones - Tránsitos - Despacho de Buques Fletamentos

Luis Taboada, núm. 24 VIGO Apartado de Correos 319
Teléfono 2135

Ramón Gil Vidal (C. de B.)

MADERAS

Vigo - Villagarcía de Arosa

" P O R T A S "

Agencia de Aduanas

AGENTES COMISIONISTAS

COLEGIADOS

CONSIGNACIONES - TRANSITOS

SEGUROS

COMISARIOS DE AVERIAS



Telegramas: CALCESO - Teléfono n.º 13

Apartado 31

Villagarcía de Arosa

Mercado, 24

BOUZADA Y GIL

LTDA.

Conservas

y

Salazones

Ramiro Cores, 13

-:-

Teléfono 77

Apartado 48

VILLAGARCIA DE AROSA

LAGO Y COSTAS

LTDA.

FABRICA DE

CONSERVAS

ALIMENTICIAS



Oficinas: Felipe Sánchez, 12 - Teléfono 1829

Fábrica: Tomás A. Alonso, 156 - Teléfono 1612

V I G O